

# Loor a la morcilla

Experimento mental destinado a repensar nuestra  
noción de una buena traducción literaria

Dedicado a mi *tis*.

# Índice

<b>Introducción</b>	<b>3</b>
<b>Estado de la cuestión</b>	<b>23</b>
<b>Exposición y desarrollo</b>	<b>39</b>
<b>Conclusiones</b>	<b>52</b>
1. El nazi en que nos transforma la lengua	52
2. La literatura, ese submarino salvavidas	55
3. A la traducción se encarga mantener a flote	59
<b>Bibliografía</b>	<b>63</b>

# Introducción

Quiero plantear este TFM como un viaje, el que me llevé, por un lado, al percatarme de lo que deseo sondear en él, véase, la correlación existente entre la naturaleza estructural de cada lengua y lo que se permite concebir a través de ella, y me condujo, a la postre, a adquirir mi pensamiento, a caballo entre filosofía y religión, condición que imagino depende de lo cuestionable que invite a que se perciba; y, por otro, el que me aventura escribirlo, que confío me revele de qué cojea y peca mi hipótesis al ponerla a prueba.

No soy yo mucho de casarme con nadie, de lo que puede dar fe mi marido, lo cual espero cobre sentido más adelante, por lo que, afín como soy al pensamiento orteguiano, en gran medida debido a ser hablante de la misma lengua que lo instruyó a él, como pasará a exponer a continuación, me voy a ahorrar los prolegómenos de rúbrica que prescriben los académicos que viven a cobijo de la jungla de ahí afuera en urnas de cristal, los intelectuales de café —y no por ello menos campanillas—, para poder encuadrar lo que sea que se les proponga examinar dentro del esquema preestablecido por los clásicos, con un decir incontestable y un discurso interiorizado, y poder así tomarse la licencia de enterrar lo que no regurgite el canon como es debido y arrumbar el resto; con miras a incidir directamente en lo que cabría conjeturar que constituye la médula espinal de mis postulados: Dios no es un ser exolingüístico.

Es, en vez, un producto lingüístico; cada Dios, de la lengua que lo concibe, fraguado entre todos los hablantes durante las generaciones que se lleva hablando y, consecuentemente, elaborando su lengua para orientarse a sí y a hornadas venideras sobre cómo se ha de aprehender la realidad exolingüística para que se preste a ser sobrevivida con las limitaciones que le impone al ser humano su naturaleza. Dios, según mi concepción del mundo, es la metáfora que los humanos componen a través del lenguaje para simbolizarse a sí en tanto sujeto-objeto de-a la lengua, posicionándose respecto a ella, en ese espacio que la propia lengua, nuestra herramienta de acceso a la realidad, nos permite divisar como existente, en tanto muda, en ambos sentidos.

Porque la lengua crece, a medida que va incorporando a su seno apreciaciones de la realidad que sus hablantes osan oportuno que registre. Y, en tanto podamos seguir cerciorándonos de

que el cambio que implica nos brinda acceso a perspectivas que no se habían (acaso porque no se podían haber) alcanzado con anterioridad, podemos concluir que no llega en ningún momento a permitirnos alcanzar la visión completa de una realidad que se sitúa allende sus fronteras y que quizá sólo podrá alcanzarse fuera del marco espacio-temporal, cuando el tiempo ya no nos pueda revelar nada más de aquello que en todo momento previo se ha podido advertir únicamente como carente del significado que su transcurso le promete a futuro, y lo que abarca y pesa cada aspecto de la realidad que visibiliza una lengua no se pueda ver cuestionado por lo que abarca y pesa cada aspecto de la que visibiliza otra, por ejemplo, en los *culturemas* o *realia*. Podemos presuponer que la realidad exolingüística no evoluciona a la misma velocidad que el lenguaje porque se comparte con entidades que no lo poseen y para las que el transcurso del tiempo ha de comportar necesariamente un significado distinto.

Quizá debiera haber empezado aquilatando lo que denomino “lengua”, pero he optado en vez, antes de deconstruirla por completo de la mano de Walter Benjamin, o, por ventura, de su ídem, dejarle a usted, mi lector, arrancar con la noción que le haya legado de sí y se haya permitido contemplar. Ya va tocando, no obstante, que me arrime al órgano de órdago. La lengua es lo que yo defino como el instrumento que se ha forjado y se le brinda al ser humano para sobrevivir como colectivo a su realidad; es el mapa de la realidad que al ser humano le interesa captar en su conjunto a fin de poder instalarse cómodamente en ella. Y para poder colocarse en ella, como ser corpóreo que se percibe, el ser humano discretiza y categoriza la realidad de modo que induzca a entender a quien se procure dar a entender que uno ocupa en ella la privilegiada posición que le permite domeñarla. Cada individuo tiene su lengua, que, sin embargo, sólo se puede bifurcar de la que comparte con la del resto de hablantes con los que pacta hallarse hablando lo mismo en tanto se preste a la comunicación, la creación de comunidad, que es cómo se muestra que se honra el acuerdo que se suscribe para vivir en sociedad, que al individuo, en última instancia, le ha de compensar, porque incrementa su probabilidad de supervivencia. No es por ende de extrañar que cada vez que se forma un colectivo nuevo, desde una unidad familiar, hasta una secta o un gremio, se avituallen sus integrantes de un idiolecto con el que poder distinguirse del resto de la comunidad de hablantes de su lengua y defender dicha distinción propia de lo común al colectivo como merecedora de reconocimiento dentro de ella.

Para que se dé cualquier tipo de comunicación, el emisor ha de atenerse, según Paul Grice, a cuatro máximas. Yo, por contraste, sólo considero una como imprescindible: la de relevancia. En mi opinión, un mensaje no sólo se puede entender únicamente a condición de que se estime relevante, sino que se entenderá siempre de primeras del modo que lo lleve a resultar más relevante, comprendiendo la relevancia como lo que le permite al receptor sentirse interpelado y, de resultas, parte esencial de la comunicación, porque para que el receptor desee asumir el coste que ha de pagar por recibir y empaparse del mensaje que se le quiere transmitir, ha de presuponer criterio al emisor, *id est*, capacidad de y predisposición a decir algo relevante, aunque sólo sea por lo que le aporta sentirse reconocido como miembro de la especie a la que pertenece junto con el emisor.

Procede, por consiguiente, que introduzca de una vez por todas la relevancia que yo veo que tiene una aproximación al árabe en materia de filosofía del lenguaje. Pues bien, en primer lugar, creo que constituye una ventaja fundamental para que se pueda ponderar la consistencia de mis argumentos que el tribunal que me va a evaluar y para que el que está destinado este trabajo no esté íntimamente familiarizado con el árabe, porque creo que es precisamente la indisociable filiación entre la estructura del idioma que se habla y la que adjudicamos a la realidad, a la que da cabida, lo que nos ciega para reconocer el influjo que ejerce la una sobre la otra y, al cabo, lo que más amenaza que se discierna lo que quisiera poder formular. En segundo lugar, creo que fue precisamente el hecho de que el árabe fuera tan diametralmente opuesto al castellano en cuanto a su estructura y la velocidad de evolución que esta le impone, reflejado en las dificultades que entraña la traducción de obras literarias dentro de la combinación lingüística de autos a efectos de que el resultado se pueda seguir o bien comprendiendo o bien considerando literario en la lengua meta, lo que me permitió llegar a las conclusiones que ansío compartir con mi audiencia a través de este estudio filosófico-lingüístico, que se resumen, a grandes rasgos, en la necesidad que yo veo de que los humanos entendamos la traducción de forma que podamos continuar ejerciéndola, porque nos compensa lo que nos aporta, a saber, el conocimiento que se adquiere del hablante y su noción del exterior, de tejas abajo y arriba, a partir del cotejo interlingüístico. Permítanme deshacer este embrollo explicándome punto por punto.

Como iba diciendo, las lenguas crecen, pero no todas al mismo ritmo, fieles como son a su carácter exolingüístico, véase, porque se hallan condicionadas por el medio en que se crean y, esencialmente, por el que soldó sus cimientos, que establecen la velocidad a la que se ha

de permitir al hablante registrar cambios en su realidad. Mi tesis es que, a mayor hostilidad del medio en que se gesta una lengua, menor será la velocidad de evolución que esta acabe presentando, más robusto el acuerdo sobre el que se asienta y mayor la estabilidad de la comunidad de hablantes, porque cuanto más tornadiza permita a cada hablante intuir la realidad, más aleatoria habrá de parecerle la forma apalabrada de nombrarla para constatarla en cada momento dado. El coste a pagar por invertir en la estabilidad de la comunidad de hablantes que fomenta la supervivencia en un medio más hostil es, no obstante, el de disponer de una lengua menos versátil y adaptable a la realidad exolingüística, que la vuelve, a su vez, más adversa. Luego, es precisamente de la hostilidad con la que se perciba el medio cuando se asientan las bases del acuerdo lingüístico de lo que, en mi opinión, depende lo maleable que se erija cada lengua, es decir, lo lejos y fortuitamente vinculados que permita ver a sus hablantes que están signo y significado. Y así se cierra el círculo vicioso que permite que se cumpla la profecía, el destino que anida en el nombre: el que nace en un ambiente hostil concibe para sobrevivirlo una lengua que lo condena a permanecer en un ambiente hostil.

Ordenadas conforme a su velocidad de evolución, las lenguas sobre las que mi conocimiento de ellas me permite pronunciarme son, de menor a mayor, el árabe, el alemán, el inglés y, finalmente, el castellano. Siendo así que considero que la función que ha de cumplir la literatura en castellano como ámbito de expresión sin una funcionalidad expresa es la de permitir expresar lo inútil, a lo que da cabida la arbitrariedad del signo, aquello que, pese a poder entenderse, por ser relevante, no se puede, de manera oficial y formal, reconocer como inteligible, porque pone en duda y hace peligrar el acuerdo, para permitir a sus miembros revisarlo, actualizarlo y elegir así cerciorarse de su conveniencia, en aras de que una obra de literatura árabe se pueda constatar como literaria en su versión traducida al castellano, la traición al original que ha de acometer el traductor ha de ser mucho mayor de lo que, hasta la fecha, se ha estipulado permisible, por inexorable, para el ejercicio de su labor, cuya meta última es la fidelidad al significado del texto original, porque el hispanohablante no ve pertinencia donde sí la aprecia el arabohablante, quien, con menos recursos lingüísticos, es capaz de convocar más eficazmente una realidad concreta comúnmente admisible como relevante; ve dobles sentidos que eluden la mirada del arabohablante, cuya lengua no se puede permitir igual de bien absorber el impacto que supone que un significante quede manchado o desplazado y deba ser reinterpretado; y posee un concepto distinto de lo inexpresable y de la propia literatura.

¿Y qué es lo que en una lengua ralentiza o acelera su evolución?, ¿cuál es ese mecanismo a través del que se fija la cuota de nuevos vocablos que se le puede introducir?, me figuro se estarán preguntando. A mi parecer, lo que la permite mudar sin convertirse en irreconocible depende de lo que aglutine el mínimo común denominador de sus significantes, porque, a mayor cantidad de requisitos morfológicos que le imponga una lengua de entrada a un vocablo para admitirlo en su entramado y menor la variabilidad que se pueda dar en su fonación de suerte que permanezca identificable, mayor la determinación con la que pasará a formar parte de esta y habrá de ostentar su hablante para posibilitarlo. En otras palabras, a mayor dificultad para envasar en significantes la variación en cómo puede presentarse y afectar la realidad a los miembros de la comunidad de hablantes contemplados sincrónica y diacrónicamente, menor la variación con la que se percibirá. Cuanto más armada se encuentre la lógica que comparten los significantes de una lengua, más caro saldrá traicionarla, más parecida se quedará la percepción que los hablantes puedan llegar a alcanzar de su realidad a la que se estableció como admisible en el momento en que se constituyó la lengua y más obvia se les evidenciará la correlación entre el plano de los significantes y el de los significados.

Para que una palabra se incorpore a una lengua tiene que ser pronunciable acorde a su fonética y ser la forma más efectiva de referirse a lo que se refiere, que se ha de estimar necesario poder advertir, y a lo que sólo ella se refiere así de efectivamente, lo cual será puesto a prueba por la comunidad de hablantes, que es la que finalmente decide avalar o rechazar su integración en la lengua (por mucho *marketing* que efectúe la RAE para hacernos creer que la decisión recae en el sentido común que sólo se halla a su alcance). A diferencia de en castellano, sin embargo, el precio por sonar árabe que ha de apoquinar la palabra que se quisiera poder acuñar en árabe es mucho mayor, porque el árabe fue concebido para ser matemático, perfecto, consumado. Es por ello también que todo error más o menos intencionado que los arabohablantes cometen inevitablemente al hacer uso de su lengua se asuma como falta ética, lo cual lleva a concluir a sus hablantes que el árabe susceptible de ser traicionado no es la lengua árabe, sino un derivado de menor prestigio que, por ende, no merece ser fijado: el dialecto. Y así, la lengua en que se escribe difiere tanto de la coránica, la única verdadera, que se lee o recita, como de la que se habla: la oral.



El lexema de la palabra árabe prototípica se compone pues, en primer lugar, de una raíz triconsonántica, que, para volverse vocalizable con una de las doce combinaciones posibles de las tres vocales que hay y la posibilidad de no añadir vocal, ha de unirse a un paradigma o *peso*, uno de los diez que constan, que, además de permitir la vocalización de la raíz con infijos de vocal, también injertan infijos consonánticos, con una “ta” o duplicando la segunda o tercera radical, y añaden prefijos, estableciendo así el modo en que el lexema exento de *peso* adquiere significado para el hablante.

En las tablas que se presentan a continuación, extraídas, la primera, del capítulo de “Diátesis” de José M.<sup>a</sup> García-Miguel, publicado en la página web [almadrassa.org](http://almadrassa.org), y, la segunda, del capítulo “Lebniyyet: Las formas derivadas (I): Forma II (فعل) – Teoría” de Ana Iriarte, publicado en [tamarbuta.com](http://tamarbuta.com), se ilustra la pinta que tienen los lexemas en árabe, los contenedores lingüísticos de los semas.

### Temas verbales derivados

Existen 9 tipos de formas verbales o **temas**, cuyo valor semántico es en parte imprevisible pero que típicamente expresan variaciones de diátesis a partir del tema básico. Muchas raíces pueden aparecer en más de uno de estos temas derivados, aunque raramente en todos, conservando en común tres consonantes [raíces triconsonánticas]

*Tabla de temas verbales* [sólo formas perfectivas, donde los números representan la consonantes radicales]

TEMA	FORMA	Significado básico	Ejemplos
I	1a2a3	(Base)	<i>'alima</i> "saber" <i>kasara</i> "romper" <i>kataba</i> "escribir" <i>SaLiMa</i> "estar bien"
II	1a22a3	Intensivo/Causativo	<i>'allama</i> "enseñar" <i>SaLLaMa</i> "proteger", "saludar"
III	1a:2a3	Directivo/Recíproco	<i>ka:taba</i> "escribirse con alguien" <i>Sa:LaMa</i> "tratar pacíficamente"
IV	'a12a3	Declarativo/Causativo	<i>'a'lama</i> "informar" <i>'aSLaMa</i> "volver musulmán"
V	ta1a22a3	Intransitivo/Refl. de II	<i>ta'allama</i> "aprender" <i>taSaLLaMa</i> "volverse musulmán"
VI	ta1a:2a3	Recíproco	<i>taSa:LaMa</i> "hacer las paces"
VII	'in1a2a3	Intransitivo/Refl de I	<i>'inkasara</i> "romperse"
VIII	'i1ta2a3	Reflexivo-recíproco	<i>'iStaLaMa</i> "besar <la piedra sagrada>"
IX	'i12a33	Causativo Denominal	<i>'ihmarra</i> "enrojecer" [ <i>'aħmaru</i> "rojo"]
X	'ista12a3	Reflexivo de IV	<i>'ista'lama</i> "informarse" <i>ístaSLaMa</i> "mantener en paz"

Puede apreciarse que los temas derivados II, III, IV y IX suelen suponer incremento de valencia/transitividad ('diátesis accesivas') y los temas V, VI, VII, VIII y X suelen implicar disminución de valencia/transitividad ('diátesis recesivas')

Si hay algo que desanima al estudiante principiante de árabe (además, por supuesto, de los benditos plurales fractos) son las formas derivadas. Cuando creías que ya sabías conjugar decentemente verbos en presente y pasado, te vienen con eso de que cada verbo (o más bien cada raíz) puede tener hasta nueve formas derivadas, cada una con sus correspondientes particularidades que hay que tener en cuenta a la hora de conjugar.

Recuerdo perfectamente la clase en la que nos las presentaron. Recuerdo mi desánimo y mi empeño en memorizar las formas y sus conjugaciones desde el principio (sin saber muy bien para qué me iban a servir) en tablas más o menos así:

المصدر	اسم المفعول	اسم الفاعل	المضارع	الماضي	
؟	مُفْعُول	فَاعِل	يَفْعُلُ	فَعَّلَ	1
تَفْعِيل	مُفْعَل	مُفْعَل	يُفْعَلُ	فُعِّلَ	2
مُفَاعَلَة or فِعَال	مُفَاعَل	مُفَاعِل	يُفَاعِلُ	فَاعَلَ	3
إِفْعَال	مُفْعَل	مُفْعِل	يُفْعِلُ	أَفْعَلَ	4
تَفْعُل	مُتَفَعِّل	مُتَفَعِّل	يَتَفَعَّلُ	تَفَعَّلَ	5
تَفَاعُل	مُتَفَاعَل	مُتَفَاعِل	يَتَفَاعَلُ	تَفَاعَلَ	6
إِنْفِعَال	مُنْفَعِل	مُنْفَعِل	يُنْفَعِلُ	إِنْفَعَلَ	7
إِفْتِعَال	مُفْتَعِّل	مُفْتَعِّل	يُفْتَعِّلُ	إِفْتَعَّلَ	8
إِفْعَال	-	مُفْعَل	يَفْعَلُ	إِفْعَلَ	9
إِسْتِفْعَال	مُسْتَفْعِل	مُسْتَفْعِل	يَسْتَفْعِلُ	إِسْتَفْعَلَ	10

Tabla de conjugación de las formas derivadas

Mientras tanto, mi profesora (que de esto sabe un rato) insistía e insistía en que lo más importante era que cada forma traía consigo un matiz concreto, que modifica el significado del verbo. Así, la forma II (فُعِّلَ) y la IV (أَفْعَلَ) remarcaban la causalidad de la acción o indicaban una acción realizada a la fuerza, la forma V (تَفَعَّلَ) expresaba reflexividad, la forma VI (تَفَاعَلَ) reciprocidad, la VII y la VIII solían traer consigo una marca de impersonalidad...

De cada lexema compuesto de raíz y *peso*, se derivan, al cabo, todas las variaciones léxicas, cada una con formas verbales, conjugables, y nominales, declinables. Consecuentemente, los títulos que encabezan las columnas de la tabla de la segunda imagen se traducen, de derecha a izquierda, como “pasado” o “perfectivo”, “presente” o “imperfectivo” (los tiempos o modos de las formas verbales en indicativo, puesto que no existe el subjuntivo), “sustantivo/participio activo”, “sustantivo/participio objeto/pasivo” y “forma sustantivada” (sus formas nominales). La excepción se da únicamente en palabras onomatopéyicas, cuya raíz consta de dos, en vez de tres letras consonánticas, que se repiten una vez hasta formar cuatro. Los calcos de otras lenguas que no obedecen las normas de formación de términos en árabe rara vez se consideran parte del árabe *fushhā*, el culto, clásico, prístino y elocuente (que se expresa y se entiende con claridad).

Observemos las repercusiones de la lógica del árabe en el ejemplo de las radicales ‘lm (علم), de las cuales pasaré a representar la primera, una gutural sin equivalencia en la fonética del castellano, con un “3”, por evitar que se confunda con un diacrítico, en la columna “transcripción fonológica” de la tabla que se muestra a continuación:

peso	verbo	transcripción fonológica	mi aproximación al significado ontológico (el intencionado por Dios)	significado óntico (el intencionado por el hablante)
I	عَلَّمَ	3alam	reconocer el signo/seña/señal/marca de Dios	adquirir conocimiento verdadero, saber, conocer, enterarse, informarse, estar seguro de algo, creer firmemente en algo, cortarse el labio
II	عَلَّمَ	3allama	hacer el signo/seña/señal/marca de Dios reconocible para quien no es capaz de reconocerlo por su cuenta	enseñar a leer, reconocer lo señalizado, instruir, entrenar, capacitar a alguien en una habilidad específica
III	عَالَّمَ	3aalama	poder demostrar saber reconocer el signo/seña/señal/marca de Dios ante quien lo cuestione	llevar razón
IV	أَعْلَمَ	a3lama	rescatar y marcar del corpus de signos/señas/señales/marcas divinas el/la relevante para el hablante, condicionado por sus circunstancias	señalar, señalizar, poner la marca de un diseño, ponerse una marca distintiva, informar, dar a conocer, hacer saber, comunicar algo
V	تَعَلَّمَ	ta3allama	poder demostrar saber reconocer el signo/seña/señal/marca de Dios a la comunidad de hablantes	conocer a conciencia, ser un experto
VI	تَعَالَّمَ	ta3aalama	dar a conocer a cuanta mayor proporción de la comunidad de hablantes mejor lo a rescatar del corpus de signos/señas/señales/marcas divinas	divulgar/difundir conocimiento/noticia, presumir de saber
VII	إِنْعَلَّمَ	in3alama	ser adquirido como signo/seña/señal/marca de Dios	
VIII	إِنْعَلَّمَ	i3talama	llevar al hablante a desempeñar la forma básica del verbo, en este caso, a reconocer el signo/seña/señal/marca de Dios	
IX	اعْلَمَ	i3lamma	ser reconocido como signo/seña/señal/marca de Dios	
X	اسْتَعْلَمَ	ista3lama	solicitar acceso a lo reconocible del signo/seña/señal/marca de Dios	solicitar información, preguntar

Y todo esto, ¿qué implica? Hagamos las cuentas: para que una palabra suene prototípicamente árabe, ha de exhibir un lexema que sea una combinación de tres de las veintiocho consonantes o letras habidas en las que sólo se pueden repetir las últimas dos consonantes, lo cual asciende a 21.168 combinaciones posibles, por diez, que es el número de *pesos* habidos, da 211.680. Añadámosle a esta cifra, a ojo de buen cubero, las palabras onomatopéyicas, y las preposiciones, conjunciones y adverbios de menos de tres letras. El resultado se queda bastante corto de los doce millones de vocablos que asegura Shawqī Ḥamādah en su *Diccionario de los milagros de la lengua* que recoge el árabe, por lo que presumo que habrá computado todas y cada una de las palabras derivadas morfológicamente de cada uno de los lexemas posibles como vocablos aislados y se habrá olvidado de restar todos aquellos a los que no consta que se haya dado nunca uso o “significado efectivo”, porque la capacidad de envergadura del árabe equivale, para él, su hablante, a su envergadura *de facto*. El empleo que se pudiera querer hacer o no de las palabras que existen en tanto se pueden armar se plantea como irrelevante.

A diferencia de en árabe, en castellano existe el concepto del vocablo que suena a castellano, pero no es castellano, porque sólo porta el significado que se le adhiere por el contexto en que se emplaza. Es a lo que hace alusión la “jitanjáfora”. Por otro lado, también se da el “cafre”, “el pillo/gamberro/pícaro”, el que recibe reconocimiento por exponer los fallos del sistema transgrediendo, trucándolo y burlándolo: el inocente culpable o culpable inocente. Pese a tratarse este de un término procedente del “kāfir” árabe, el infiel, no parece hallar una correspondencia convincente en la lengua que le dio origen. El Diccionario de Cambridge lo traduce pues del español al árabe como ‘ṭifl’, niño, y el diccionario *online* Almaany como ‘mutawahḥiṣ’: silvestre, salvaje o selvático. ¿Por qué?, cabría preguntarse, sobre todo si consideramos que la RAE asegura que la última edición de su diccionario académico, de 2014, registraba 93.111 artículos y 195.439 acepciones. ¿Acaso no hay espacio, hasta las 250.000 posibilidades, pongamos, de las que dispone el arabohablante para envasar lingüísticamente la distinción semántica que proponen? ¿Por qué estima el arabohablante superflua para la supervivencia de su comunidad de hablantes la apreciación de la realidad que auspician “jitanjáfora” y “cafre”? Mi hipótesis es que se debe a lo caro que supone para el hablante del árabe incorporar a su lengua una forma nueva de experimentar la realidad, que enseguida desafía la sistematicidad del corpus preexistente, en primer lugar, por la mayor concreción y mensurabilidad de la capacidad de envergadura del árabe en contraste con las de la del castellano, que lo lleva a tener más presente su finitud y finalidad; y, en

segundo lugar, porque es mucho menor la proporción de aleatoriedad que admite la creación de cada neologismo, que ha de integrarse en un sistema con una lógica interna más férrea, alambicada y rastreable que la del castellano, y a la que ha de quedar subordinada.

Permítanme proponerles el ejercicio de imaginarse siendo un arabo hablante que desea expresar en su lengua lo que en castellano se entiende por “*guglear*”. Podría optar por intentar adoptar la palabra en crudo, transcribiendo su fonética y sin adaptarla para que encaje dentro del esquema del árabe, pero, sin raíz trilitera, a un significante no se le podrán añadir *pesos*, y, al privarle así al receptor arabo hablante de la posibilidad de vaticinar el significado (y, hasta cierto punto, la pronunciación, porque, en su forma escrita, la palabra no se vocaliza) del préstamo lingüístico a partir de su significante, pone en entredicho la pertinencia de toda la estructura sobre la que se asienta la lengua, que esta le induce a reconocer. Para evitar esto en la medida de lo posible, habrá de dar en primer lugar con las tres radicales con las que orquestar su raíz. Las cuatro opciones que se le ofrecen para calcar la fonética del significante extranjero son “ggl”, “gwl”, “gll” o “glw”, de las cuales, la primera no sería válida por repetirse la primera radical, y el resto tampoco, porque ya tienen un significado propio asociado que no puede ni quedar desplazado ni coexistir concomitantemente junto a las nuevas acepciones semánticamente desligadas de las originales que se quisiera añadir a un significante raíz, porque en árabe no se concibe la homonimia, no hay más que recordar la profesión de fe, debido a lo intrínsecamente vinculados que se dan significante y significado original. Así, Abeer Hussein Abid, en su artículo “Sinonimia, polisemia y homonimia en lengua árabe”, afirma: «Podemos decir, por tanto, que los árabes no distinguen entre homonimia y polisemia, pues ambas, según ellos, se refieren al mismo fenómeno».

Hay términos que pudieran parecer homónimos en árabe por lo alejadas, sobre todo, desde el punto de vista del extranjero, que han acabado algunas de las acepciones que engloba, *de facto*, el significado diseñado por el significante, pero todas las acepciones de un mismo término comparten siempre un origen y núcleo semántico común, que se resume en la raíz. Así, “*maktab*”, en tanto “lugar espacial en que se escribe”, puede designar tanto escritorio, como oficina o despacho; “*magrib*”, el lugar donde se pone el sol, tanto el país de Marruecos como la oración del ocaso; “*ta’rīj*”, tanto fecha como historia; “*‘ain*”, tanto ojo y espía como fuente, manantial o naturaleza intrínseca, “*dalīl*”, tanto guía como prueba, y “*‘adab*”, tanto cortesanía y buenos modales como literatura.

Pero volvamos al arabohablante afanado en incorporar “*guglear*” al árabe, quien, antes de intentar rescatar con un semicalco algo de la fonética del término extranjero, habrá de comprobar que no se puede expresar la semanticidad que carga el término al que quiere otorgar expresión con una forma léxica preconcebida a fin de desplegar toda la semanticidad que se les adscribe en potencia con los *pesos* a las radicales que ya dan origen a términos. En este sentido, habrá que valorar acuñar alguna de las formas paradigmáticas en que la raíz de, por ejemplo, “escribir”, “ktb”, o “buscar”, “bhṭ”, puede darse y no consta que se dé, como “ibtaḥaṭa”, que denota reflexividad o reciprocidad, o “baḥḥaṭa”, que denota intensidad o causatividad, pero se confunde más fácilmente en la forma escrita, que es la por defecto del árabe, con “baḥaṭa”, “buscar”. Y, después de decidir él para sí la forma de representar el significado que desea hacer apreciable según encaje este último mejor o peor con la semanticidad que dicha representación le asigna necesariamente, tiene que conseguir convencer a su comunidad de hablantes de su decisión, aval que difícilmente se podrá dar de modo espontáneo, mediante la reacción visceral del receptor.

Lo que suele acabar ocurriendo es que el arabohablante opta por decir “buscar en google” (el árabe no recoge distinción entre mayúsculas y minúsculas, nombres propios y comunes), lo cual priva al emisor de poder hacerle un guiño con su mensaje al receptor para establecer con él una relación de complicidad que lo singularice como un miembro distinto y elegido de entre el resto de los que conforman la comunidad de hablantes, y redundando en que los conceptos que puede llegar a evocar se contemplen desde lo que el hispanohablante percibe como una distancia y un ángulo invariables.

Analicemos, a modo de ilustración, la oración en castellano:

“Por mucho que vaya de vivalavirgen, para mí que sigue siendo un cacho pan”.

ChatGPT4 la traduce como:

“بغض النظر عن مدى تصرفه بلا مبالاة، لا يزال بالنسبة لي شخصًا طيبًا.”

O:

“مهما تظاهر باللامبالاة، ما زال بالنسبة لي شخصًا طيبًا.”

que, a su vez, vierte al castellano como sigue:

“Independientemente de lo despreocupado que actúe, sigue siendo una buena persona para mí”.

o así:

“Por más que finja indiferencia, sigue siendo una buena persona para mí”.

De llevar a cabo el mismo experimento, pero, en vez de comparando el castellano con el árabe, haciéndolo con el inglés, el resultado sería el siguiente:

“No matter how carefree he pretends to be, to me he's still a good-hearted person”.

Lo cual, revocado al castellano, rezaría:

“Por mucho que finja ser despreocupado, para mí sigue siendo una persona de buen corazón”.

Dios me libre de que os sintáis espoleados a comulgar con ruedas de molino. Consiguientemente, haré por adoptar un método de corte científico, sea lo que fuere que cada uno elija discernir por ídem —lo cual tengo entendido que explora en mayor profundidad un tal Jose García Moreno-Torres en su TFM— en la esperanza —quizá— de que se me lea como con el rigor *ad hoc*. Etiquetemos, pues, como si nos hubiésemos dispuesto a entrenar un algoritmo. Para empezar, se han de categorizar los sentidos que se le pueden extraer a la oración en cuestión. A tal objeto, propongo la siguiente aproximación:

El sentido literal, lo que se dice (“*das Gemeinte*”, en terminología benjaminiana), sería el que traducido a pseudocódigo o, en palabras de Benjamin, a “*reine Sprache*”, quedaría de esta guisa:

(Por más/mucho)/(Con independencia de/independientemente de) que

(muestre)/(actúe/finja como) que

nada le importa/(indiferencia por/se despreocupa de) todo,

((yo sé/creo/estoy (convencido/a/e/x) de/para mí) que/(en lo que a mí respecta/en mi opinión/para mí),

(él (no ha dejado de ser/sigue siendo))/(no ha dejado de ser/sigue siendo)

(una buena persona/persona de buen corazón/persona sin maldad).

El sentido figurado, lo que se dice callando (“*die Art des Meinens*”, en terminología benjaminiana), como hemos podido comprobar en los antepuestos ejemplos de traducciones al castellano de traducciones al árabe o inglés del original, no se deja traducir a código, porque el camino que aboca a lo que abarca no se encuentra con brújula y compás, o lo que sea que el matemático guarde en su caja de herramientas, puede que por hacer frontera con lo que se dice sin conocimiento de causa, o bien por no querer comprometerse uno más o menos conscientemente con lo que dice o bien porque lo que se transmite sin querer es algo que ni queriendo se pudiera haber transmitido, por la razón más o menos estructural que sea, por ejemplo, porque no ha llegado a cruzar el limen que separa lo “*abstractly possible*” de las “*feasible actions*” de Elster<sup>1</sup>. Luego, es esta una noción, la de lo dicho sin haberse dicho, cuyo reconocimiento se haya subordinado a lo que al receptor se le permita o se permita a sí mismo inferir de lo que el emisor debiera haber querido o podido querer decir, pese a no querer o poder reconocer haber dicho.

Ahí, en ese espacio que no entiende de guarismos, menos cuadrado, en definitiva, que el “*Raum*” de la instalación de Sieben Orte für Hamburg de Franz Erhard Walther al que me retrotrae, me topo con jaculatorias a la Virgen y el cacho pan, en que redunda el cuerpo de Cristo, que está escindido, mitad Pantocrátor mitad animal, o polvo terrenal, y cuya orto-grafia me tuve que plantear, a la luz de la alusión que se hace a la Madre, o progenitor gestante, que orto-declararía hoy por hoy.

Lo dicho, se adentra uno en un santiamén en aguas pantanosas. Y ChatGPT enuncia, pero sin pronunciarse. A lo mejor podemos llegar a aspirar en algún momento a que nos reproduzca con aliteraciones especulares a las que se hallan en el original algo de la fonética del beso y la serpiente, pero, en caso de conseguirlo, ¿cuánto podríamos aventurarnos a apreciar sus alusiones, lo que no se puede, debe o, en todo caso, llega a decir, como tales, en

---

<sup>1</sup> Elster J., *Ulysses Unbound: Studies in Rationality, Precommitment, and Constraints*. Cambridge University Press; 2000:vii-viii.



tanto, por definición, la máquina siempre dice lo que debe decir? Pero antes de ponerme a sacar punta a la IA, volvamos a lo que iba.

Dejando de lado el sentido figurado, al hispanohablante le cuesta especialmente más entender la versión de la oración de ejemplo que ha pasado por el árabe que la que ha franqueado el inglés sin tener de referencia la original, porque no se le permite apreciar la relevancia de la primera cláusula, en tanto ser “buena persona para alguien”, entendido ya sea como “parecerle a alguien buena persona” o como “portarse bien con alguien”, no está reñido en castellano, como expresa el “independientemente” o “por más que”, con “fingir indiferencia” o “actuar despreocupado”, en tanto únicamente se finja o actúe, o sea, en relación a algo que no incumba al sujeto que se presenta en primera persona. Es decir, al hispanohablante le falta el elemento que le pudiera llevar a entender cómo afecta y, por ende, por qué importa el proceder del personaje en tercera al de en primera persona. Pero esa distinción que hace y precisa el hispanohablante entre lo que se es y se aparenta —o se está— queda difuminada en árabe. En la versión que ha transitado por el inglés, se aprecia mejor la falta que comete el personaje que es “una persona de buen corazón”, entendido como “buena persona, aunque su apariencia lleve a engaño” o “buena persona, aunque sus acciones no lo reflejen” al “fingir ser despreocupado”, que nos chirría, pero de lo que se puede desprender mejor “fingir no preocuparse cuando debiera” que del “fingir indiferencia” de la versión cribada por el árabe, que también podría entenderse como “fingir desinterés o no estar molesto”, o de “actuar despreocupado”, que también cabría interpretarse como “comportarse sin ostentar preocupación”. En suma, mientras que de la versión traducida de la traducción al inglés del original pudiera parecerle a uno más que se describe que el personaje en tercera persona no logra su cometido, que es llevar a engaño al de en primera persona, de la versión traducida de la traducción al árabe se concluye antes que lo que se articula es una opinión, expresada en primera persona, a modo de sentencia, a saber, que fingir o mostrar despreocupación no lo conduce a uno a ser percibido como mala persona.

No quisiera presuponer la fiabilidad de ChatGPT sin cuestionarla y, para ello, hemos de ahondar en su funcionamiento. ChatGPT ofrece un traductor automático que se ha construido su concepto del árabe, del inglés y del castellano a partir de la guía que se le ha suministrado, en forma de datos etiquetados por un conjunto de personas que se anhela que, en su conjunto, sean representativas de la comunidad de hablantes de su lengua, para interpretar todos los patrones que ha podido extraer de todo lo contenido en Internet sobre la

composición de y contraste entre las distintas lenguas, el uso que se les da y el modo en que estas reproducen el entorno del hablante. Nadie sabe con exactitud qué es lo que ha tenido en cuenta, ni en qué medida, porque los algoritmos que lo vertebran han adquirido su conocimiento del mundo mediante, al menos, en parte, lo que se conoce como un aprendizaje no supervisado y, además, porque es inenarrable, lo que en la jerga programática se denomina una “caja negra”, porque, aunque pudiera ser teóricamente expresable, al receptor no le puede llegar a compensar nunca la inversión que requiere asimilar el mensaje resultante, porque evidencia el valor de lo que se ha descartado por inservible, no es deducible ni puede entenderse como procurador de comunidad. Por definición, no es, en definitiva, comunicable. Se ha de reseñar que a esta capa no supervisada le sigue una supervisada destinada a corregir y revestir de significado lo que no se puede entender de lo que concluyen los algoritmos por su cuenta.

A mis ojos, lo que esto significa es que no tiene una subjetividad, una intencionalidad propia que pueda diferir de la que se vende y compra como la común a todos, y que el sesgo y la tendencia que tenga se parecerán más a los de un traductor de lo literal que busca trasladar a la lengua meta el sentido que se puede consensuar más fácilmente que expresa el original, a su vez, con los elementos lingüísticos que más efectivamente se pueda consensuar que expresan el sentido a trasladar. La fiabilidad que su funcionamiento otorga a ChatGPT dependerá, en mi opinión, de lo que queramos o podamos prescindir de creer en Dios, acaso, por lo que nos mueve a ello nuestra lengua.

Así, al probar a preguntarle a ChatGPT por la traducción al árabe de la oración:

“La losa que le ha caído encima con la faena que le han adjudicado al hombre, que ayer estaba que lo veía todo de color de rosa, es de mucho cuidado”,

su traductor nos da a elegir entre dos opciones:



Response 1

La traducción de la frase al árabe sería:

السقف الذي سقط عليه بسبب المهمة التي كلفه بها الرجل، الذي كان بالأمس يرى كل شيء باللون الوردي، هو خطير جدًا.



Response 2

Traducir la frase al árabe manteniendo su tono y significado es un desafío debido a las diferencias culturales y lingüísticas entre el español y el árabe. Sin embargo, aquí tienes una traducción aproximada:

اللهم الذي وقع عليه مع العمل الذي كلف به الرجل، الذي كان يرى كل شيء بالأمس باللون الوردی، هو أمر خطير للغاية.

Esta traducción intenta capturar la esencia de la frase original, aunque algunos matices específicos pueden perderse o cambiarse para adaptarse mejor al idioma árabe.

La primera opción, la de la izquierda, la retraduce al castellano como sigue:

“El techo que le cayó encima debido a la tarea que le asignaron al hombre, que ayer veía todo color de rosa, es muy peligroso”.

La segunda opción, la de la derecha, la retraduce así:

“Oh Dios, la tarea que le ha sido encomendada al hombre, que ayer lo veía todo de color de rosa, es algo muy serio”.

Cuando le pido que me traduzca el original al inglés, no siente la necesidad de justificarse ni hacerme responsable de la decisión final proponiéndome opciones. Al y del inglés, traduce:

“The burden that has fallen on him with the task they assigned to the man, who yesterday was seeing everything through rose-colored glasses, is quite significant”.

“La carga que ha recaído sobre él con la tarea que le asignaron al hombre, quien ayer veía todo color de rosa, es bastante significativa”.

Quisiera recalcar la diferencia que se da entre la versión cribada por el inglés y la colada por el árabe en “la losa” en que deriva la original, concebida como metáfora de lo que lo entierra a uno, porque, en esta última,

1. o bien queda reducida a una locución interjectiva que enfatiza, poniendo a Dios por testigo, lo que para el emisor supone “la losa” o lo que da origen a “la losa”, que ya no se diferencian.
2. o bien pierde, en el elemento del “techo”, valor metafórico como elemento que ha de significar algo distinto a lo que se entiende que significa por defecto fuera del contexto en el que se da para que se entienda como relevante, por ser el “techo” un elemento más polisémico, de menos especificidad semántica, y más potencialmente presente en el contexto comunicativo, lo cual lleva a que resulte menos efectivo para comunicar que se halla, como vehículo, en representación de otro elemento, el tenor, al que ha de poder asemejarse para convertirse en relevante y del que ha de poder diferir del modo que vuelva más pertinente la omisión del tenor. Además, al quedar seguidamente asociado a “peligro”, cuesta más que “el techo” al que se alude se entienda como se hace en castellano metafóricamente “el techo”, un elemento gracias al que uno se siente a cubierto, fuera de peligro. Para más inri, cuesta interpretar lo peligroso como la caída del techo y esta como la pérdida de la sensación de hallarse a cubierto, cuando se ha de entender como el resultado de que le hayan asignado a uno una tarea, que es lo que, en principio, le procura a uno la seguridad de tener un propósito y estar integrado en sociedad, véase, a cubierto.

Con los dos ejemplos que me he sacado de la manga hasta ahora no pueden ustedes establecer aún cuánto de lo que les llega de lo que les cuento proviene de lo que yo, como emisora con intencionalidad propia, les quiero contar; cuánto, de lo que mi lengua me induce a contar; y cuánto, de lo que se puede especular que cuenta la realidad exolingüística. Asumo que hay una parte del sesgo que me marcan mis circunstancias y que yo entiendo que me viene fundamentalmente impuesto por ser hablante de mi lengua que no voy a poder dismantelar, pero, en pos de aproximarme a demostrar que el mío se trata de un sesgo perdonable por mi comunidad de hablantes, he engendrado *truchiwoman.es*, una página web que me permite medir cuánto afecta que un extracto de literatura árabe haya sido traducido por ChatGPT o por un hablante de la lengua del receptor meta al nivel de comprensión que el receptor meta medio puede llegar a adquirir y demostrar haber adquirido del mismo.

A tal efecto, he creado una interfaz virtual que permite al visitante acceder sin un orden preestablecido —tras introducir la contraseña “masmu7”— a las traducciones al castellano

que he realizado yo, por un lado, y ChatGPT4, por otro, de los 24 extractos que se seleccionan aleatoriamente para ser presentados cada día a cada visitante de los 54 compilados en total a partir de la obra de *En busca de Walid Masud*, de Yabra Ibrahim Yabra. En orden, primero se muestra una de ambas traducciones, humana o automática, escogida aleatoriamente. Al cabo, se le permite al usuario desplegar dos preguntas sobre el contenido semántico de la misma cuyas respuestas se muestra, al finalizar la trayectoria que propone cada extracto, se hallan contenidas en el original y ambas traducciones. Sólo una vez se hayan contestado las preguntas, se dará al visitante acceso a la otra traducción, humana o automática según la naturaleza de la que haya visto e intentado descifrar previamente, que, finalmente, desemboca en el original en árabe y, dentro de él, en los lugares en los que se localizan las respuestas. A modo de incentivo, aparte de la invitación a reflexionar sobre las diferencias entre lenguas, a quien contribuye con sus respuestas no sólo se le permite jugar a adivinar qué traducción corresponde a qué traductor, sino que también se le aporta información con *boxplots* desagregados por tipo de traductor acerca de lo que influye que sea un humano o una máquina el autor de la traducción que lee y se esmera en comprender, en términos de lo que se tarda de media y, por contraste, ha tardado él en contestar las preguntas, y lo cerca que están semánticamente las palabras que se emplean de media y ha empleado él en sus respuestas a las que figuran en según cuál de ambas traducciones.

Parto de la premisa de que, cuanto menor se evidencie la diferencia entre lo que al visitante le permita y le cueste captar lo que vuelca al castellano según qué traductor de lo redactado, en origen, en árabe, menos supeditado se podrá concluir que se halla el sentido del mensaje a la lengua en la que se gesta, porque un *chatbot* siempre se va a poder permitir menos que una persona tener en consideración las diferencias entre lenguas al adaptar un mensaje a que sea inteligible en una lengua distinta a aquella en la que se construyó originalmente, porque no son universalmente asumibles, lo cual lo lleva a pecar de ilegible o de infiel, de los que no maduran para convertirse en cafres. Con lo que espero me revele *truchiwoman.es*, deseo postular asimismo la conveniencia de que nos replanteemos como sociedad cuánto nos enriquece y compensa apostar por la traducción que se encomienda al ser humano, la literaria, en tanto, a mi parecer, se puede defender que haya alguna modalidad que tenga sentido seguir practicando, con objeto de que sobreviva a la alternativa que ofrecen los algoritmos, que sale mucho más cuantificablemente a cuenta.

No obstante, mientras espero a que adquiriera la difusión que ha de permitirme recoger suficientes datos como para sacar conclusiones científicamente sostenibles cuando no religiosamente replicables, quisiera, antes de precipitarme a definir lo que considero oportuno indagar ahora para probar mi hipótesis, dejarme guiar primero por lo que ha de poder revelarme una exploración del acervo legado por los consagrados como con un decir en el asunto, o séase, lo que se ha de contemplar como bueno en una traducción literaria.

Si le preguntáramos a ChatGPT, nos indicaría que lo ideal sería que los citara a todos o, a malas, a todos los que han mentado una obra específica que se ha consensuado como especialmente certera en abordar la materia, dando a su contribución el peso que se le asigna de media. Pero como para eso se consulta, gracias a Dios, a ChatGPT, yo voy a seguir una estrategia más críptica, y —¿de resultas?— más sibilina.

Les quisiera proponer un experimento mental, como los que hablan de orbes gemelos, trenes descarriados y prisioneros autistas. Lo sé, alentador.

Imaginemos un universo en el que gobernara la IA, que, para preservar su legitimidad, tuviera que someter a votación popular una parte que se pudiera vender como sustanciosa de la decisión acerca de cómo se han de definir los términos de lo a optimizar, porque no se encuentran en la maleza exolingüística, y, para facilitar el proceso, hubiera implantado una política con arreglo a la que todos los ciudadanos se vieran exhortados a publicar su justificación de por qué el término que fuera que se hubiera seleccionado como habido menester de redefinición debe ser revisado y en qué sentido. La IA se encargaría seguidamente de establecer cuáles, de entre todas las justificaciones halladas en la *web*, obedecen los criterios de admisión, entre los que figurarían la extensión —de 22.000 a 28.000 palabras, las, a todas luces, óptimas para desarrollar un argumento de las proporciones, consistencia y resistencia necesarias—, la inteligibilidad —para el ciudadano medio con cierto recorrido en la Academia—, y la coherencia interna, a la postre, y propondría a sus autores como candidatos a ser elegidos por el pueblo para redefinir los términos en juego en función de sus obras.

Imaginémonos ahora siendo un ciudadano de este feliz mundo de fantasía que desea presentar su candidatura a redefinir una “buena traducción” con su justificación para la pertinencia de repensar lo que ha de quedar fijado como tal, con las implicaciones que eso

podiera tener en la práctica, en razón de lo que se imparte en centros de estudios, se contrata, se promociona y se remunera.

La pregunta, allá va: ¿cuál sería la mejor manera de convencer al pueblo de que hay una forma de traducir literatura —de calidad mensurable, se entiende— por la que le conviene apostar?

# Estado de la cuestión

## «La renuncia del traductor

*iAnónimo*

A nadie se le ocurre que tenga sentido reparar en lo que podría llegar a querer reconocer el destinatario de un mensaje a la hora de practicar una disciplina artística o ponerse a incubar una obra de arte. No ya sólo por lo que necesaria y consecuentemente le induce a uno a creer que su interlocutor se está yendo por los cerros de Úbeda cuando se lía a teorizar sobre el trato de favor que fuera que pudiese existir entre emisor y receptor cualesquiera, ni qué decir ya de entre los que no pueden salvo figurarse numéricamente —no por nada contempla la Lógica Artístico-Teórica, que, por otro lado, sólo está contractualmente requerida a dar por hecho la esencia y existencia del hombre, la noción del receptor ideal con sano escepticismo—, sino también porque se avala que el arte, en vez de primar atraer la atención de su receptor, busque conquistar el saber sobre la composición material y espiritual del ser humano. Luego, ningún poema se ha obrado para ser leído por quien lo lee, ningún cuadro, para ser observado por quien lo observa, ninguna sinfonía, para ser escuchada por quien la escucha».

Recordemos que iAnónimo es el coherentista pragmatista nihilista relativista paradigmático y que su traducción del clásico que antecede, del mismísimo padre de la Filosofía de la Traducción Literaria, que, hasta la fecha, ha contribuido significativamente a delimitar lo que se ha de evaluar como una “buena traducción” a nivel institucional, es un producto de su aproximación al mundo, que él considera haberse labrado por mor de los besos que pega el asfalto, con los años, con cada vez menor frecuencia, porque uno sólo se presta cuando no le queda otra y cada nueva apuesta sale más cara que la anterior. Como comprenderán, en su lenguaje, era poco menos que inefable que a alguien se le pudieran pasar por alto las irrefutables ventajas de dedicar un mensaje, porque, para él, un mensaje sólo se podía captar en tanto su receptor lo pudiera presuponer, aunque fuera mínimamente, dedicado, por lo menos, lo justo como para que le saliera a cuenta el coste de la adquisición.



Tal convicto era de su fe, que no ha llegado a nuestros días el género con el que debía constar a nivel estatal, porque, al parecer, nunca logró decidirse por uno, lo que me impele a tener que disculparme por haber optado, casi arbitrariamente, por convocarlo en masculino. Por lo visto, cuando le preguntaban acerca de cómo deseaba ser interpelado, contestaba, impertérrito: “Como te venga a ti en gana”. En *Pabla, ¿nombre propio?*, un ensayo que escribió poco antes de su época gris *acorazade*, que coincide acorde a la literatura de base estadística con lo que antes se conocía como “la crisis de los cuarenta”, elaboró un poco más su respuesta añadiendo: «¿Qué gano yo con excusar a nadie de tener que responsabilizarse de lo que pone de propio en lo que resulta de su *Weltanschauung*? Sobre todo, en atención a lo poco fan que soy yo de sentirme con anteojeras», que era cómo él denominaba a esos *Ur-t(h)eile* de tradición kantiana, que, en última instancia, narraba «estriban en lo que precede a la partición, la fuente, su ojo, en árabe, *de facto*, indistinguibles, más, acaso, de lo difícilmente distinguible que se le evidencia al germanoparlante el abanico conceptual de alta granularidad que el hispanohablante registra entre las nociones de “postura” y “sentencia”. Además, con esa “h” que vestían en tiempos de Kant, tentaban más a que se los pintara uno anexados a esa fuerza contenida que les atribuía el susodicho, una fuerza, si me apuras, curativa, ¿por su bien?»

Este rechazo tan visceral hacia la autoridad que permea su filosofía, que no por nada se empeña la IA en tachar de radical, ha de poder situarse dentro del contexto de que asistiera al Colegio Alemán de niño y se criara en un entorno donde la autoridad era, en su mayoría, germanófona, una lengua en la que, en sus términos, «a los *mayúsculos* y las *sustantivas* se les concede más protagonismo». Se desprende —que no necesariamente indulta— que para él emanciparse comprendiera reivindicar lo de a pie de calle, la sabiduría a ras de tierra, que él elucidaba se concretaba en la paráfrasis verbal, el agente que, según él mismo, debía haber contribuido a que le sedujera —hasta, quizá, obnubilarle— el valor que William James y su escuela le endilgan a la “acción”.

«¿Le sirve una traducción al lector que no puede llegar a comprender el original?»

Lo primero que entra en cuestión, al menos, de conformidad con lo que certifica la IA. Veamos, pues, cómo lo resuelve el autor primigenio, en la medida en que el autor que se autoproclama y en que se erige este nuestro traductor se digne a ofrecernos una ventana por

la que asomarnos a su clarividencia con un vidrio de menor opacidad al de en oferta por el traductor automático.

«La mera duda explica la diferencia en reconocimiento que reciben traducción y creación original como disciplinas artísticas. Al fin y al cabo, ¿qué otro motivo puede haber para querer repetir “lo mismo”? Mas, ¿qué “dice” un poema? ¿Qué información imparte? Ninguna, a quien realmente lo entiende, porque su razón de ser no radica en lo que enuncia. De ahí que tratar de envasar en una traducción únicamente lo que dice—en esencia, sin chicha— constituye por real decreto un error garrafal. No obstante, como no se le escapa ni al mal traductor, ¿no pertenece lo que queda en el poema cuando lo despojamos de lo que manifiesta al reino de lo intangible, polifónico, arcano, incluso, aquello que el traductor sólo puede reproducir emulando al poeta y exponiéndose a una a confundirse con él? De pronóstico reservado, extraviarse por ese dédalo, que, no obstante, tienta con saña a quienes osan emprender la odisea de confeccionar una “buena traducción”, que en ningún caso debiera acabar asemejándose a una transmisión imprecisa de un contenido vacío de significado. Hay, pues, que cumplir con el lector, si bien sin perder de vista que una traducción sólo puede estar tan dedicada a su receptor meta como sea concebible que hubiera podido estarlo el original, porque ¿cómo se entiende la traducción, que, ante todo, ha de honrar el original, si traiciona el destino intencionado por este?»

Como podemos comprobar, ¡Anónimo no se inhibe de contestar en su traducción la pregunta que lanza el original, en vez de atenerse a una interpretación que le hubiera dejado más pulmón para respirar por su cuenta.

Así,

“Wäre Sie aber für den Leser bestimmt, so müßte es auch das Original sein. Besteht das Original nicht um dessentwillen, wie ließe sich dann die Übersetzung aus dieser Beziehung verstehen?”

con algo al estilo de lo que produce ChatGPT, que se queda, con contextualización inclusive, cortesía de la IA, en



El extracto de *La tarea del traductor* de Walter Benjamin que mencionas se podría traducir al castellano de la siguiente manera:

"Si estuviera destinada al lector, también debería estarlo el original. Si el original no existe para ese fin, ¿cómo podría entonces comprenderse la traducción en esa relación?"

En este fragmento, Benjamin está explorando la naturaleza de la traducción y argumenta que la traducción no está necesariamente orientada hacia el lector; si así fuera, el texto original también debería estarlo. Esta idea subraya su teoría de que la traducción tiene una relación más profunda y "pura" con el lenguaje y el original, más allá de la mera transmisión de contenido para el lector.



nos hubiera podido resucitar mejor el espectro de esa relación que el original mantiene con el lector que fuere que en última instancia aspirare a encontrarlo entre las páginas de lo que tuviere entre manos y de la que la traducción, por definición, ha de quedar al margen.

Dudamos, pero, en última instancia, decidimos otorgarle un voto de confianza, porque sus razones tendrá, nos vende la intriga que nos puede saber cómo piensa salir airoso de ese carajal en que se ha metido al ponerse a contar, al unísono, lo mismo y lo contrario que el original.

«Porque la traducción no es más que un medio para la obtención de un fin que la antecede. La traducción, por ende, puede quedar sólo tan lograda como la traducibilidad del original se lo permita. La pregunta sobre lo que lleva a que una obra sea traducible se puede resolver de dos maneras. Por un lado, lo será la que llegue a tropezar entre su público con un traductor que ayude a consagrarla. La solución que podríamos calificar de más inmediata sugiere, sin embargo, que una obra será traducible en la medida en que se preste a serlo, porque está en su naturaleza serlo, en suma, alcanzar las cumbres que sólo la difusión de una traducción puede acercarle. La primera propuesta no hay cómo probarla y la segunda es apodíctica. Sólo una lectura superficial, de mentecato, si cabe, conduciría a no poder diferenciarlas, la que le niega la capacidad de significar a la segunda propuesta. Valgan de referencia todos los conceptos que expresan relaciones entre entidades que es mejor no aplicar al ser humano *a priori* o en exclusividad. Por lo tanto, se puede hablar de una vida o un instante inolvidables incluso cuando no queda nadie para recordarlos. Porque cabe que inolvidable sea lo que le pide a la entidad su esencia, con independencia de lo que pueda o no caer en el olvido, que, en todo caso, se habrá de poder imputar a la humanidad, por no haber sabido estar a la altura

de la potencialidad que la entidad le veía a la relación, que sí se traba, por contra, sin que haya lugar a fricciones, con Dios».

De cajón, por otro lado, por mucho que nuestro traductor nos quiera llevar a engaño. ¿En qué debiera condensarse si no lo que nos marca, en el plano que fuere, que se distinga entre “inolvidable” y “no olvidado hasta la fecha por al menos alguien”?

«Por consiguiente, se puede hablar de la traducibilidad de metáforas que, *sensu stricto*, no lo son para el ser humano. De observar lo que la traducción significa en origen, ¿no debieran serlo todas las construcciones lingüísticas en cierta medida?»

A este respecto, nos ilustra el infame Dr. Paul de Man, de cuya sabiduría nos consta bebía nuestro traductor, al hacer referencia a la obra en autos:

«The translation is not the metaphor of the original; nevertheless, the German word for translation, *übersetzen*, means metaphor. *Übersetzen* translates exactly the Greek *meta-phorein*, to move over, *übersetzen*, to put across. *Übersetzen*, I should say, *translates* metaphor—which, asserts Benjamin, is not at all the same».

Y ya me callo, para conceder a la interpretación que iAnónimo hace del tótem y opta por embutir sin remilgos en su traducción del mismo un espacio para alzar el vuelo.

«Y de esta reflexión se desgaja la pregunta de si se ha de exigir a la traducción que aborde la traslación de quimeras cualesquiera que puedan llegar a engendrar según qué cifrados lingüísticos. Porque el tema es el siguiente: si la traducción es una forma de ser, lo es porque está en la naturaleza de la obra a ser traducida acabar siéndolo.

A la vista está que hay obras a las que su traducibilidad les nace de dentro, lo cual no implica que, para cumplir con su cometido en la tierra, tengan que ser traducidas a toda costa, sino que abrigan en su interior significados que sólo una traducción puede sacar a relucir. Enseguida caemos, no obstante, en que una traducción no puede jamás llegar a significar nada para el original, con independencia de la calidad que ostente. A cambio, podrá fardar de lo íntimamente ligada que se halle a su traducibilidad, con la que gozará de una relación tanto más estrecha cuanto menos se pueda presuponer vinculada al original en

el plano de lo real. Una coyunda, esta, que se intuye natural, umbilical, si cabe, así como lo apetitoso lo es en tanto despierta el apetito, aunque nadie ose dar fe y cata. Con la traducción ocurre otro tanto, porque es una forma de expresión del original, si no la que le permite ser, la que le procura persistir. A fin de cuentas, ¿no es la traducción siempre posterior al original y un indicador de peso para predecir el momento en que se instaura como obra que pasa a la posteridad?, por lo menos, si tenemos a bien guiarnos por el recorrido trazado por las grandes obras, que muy rara vez caen, en vida del autor, en manos del traductor que las catapulta a otras latitudes. La vida y persistencia que se adscriben a las obras de arte se han de imaginar como nociones primigenias, desprovistas de toda carga metafórica. Que no es únicamente en los organismos corpóreos que se puede llegar a reconocer vida es algo que ya se olían hasta en el Medievo con mayor concentración de oligofrénicos, con lo que no se alega que la vida se pueda extender *ad infinitum* so pretexto de que la posee todo ser con alma, duende, acaso, que, por definición, es inmortal, como se afanó en demostrar Fechner, pero sí se pone sobre el tapete que deba englobar la que se puede extrapolar de lo que, si bien procede de origen animal, deja una impronta más difusa en el tiempo, como lo pueda ser la percepción, cuya vida se nos figura intermitente. Porque es precisamente en el hecho de que se aprecie vida en cuanto hace historia, en vez de resignarse a calentar el banquillo de la que se le orquesta, que el vocablo adquiere el significado que nos revela todas sus dimensiones. Pues la vida emana, en última instancia, de lo que siembra la historia, que no la naturaleza, ni qué decir ya de ocurrencias tan veleidosas como lo son las de percepción y alma. Y la tarea del filósofo yace justamente en enfocar lo vivo como lo que alumbra la historia. Después de todo, ¿no es mucho más fácil reconocer la diferencia entre vida y supervivencia en obras versus entelequias mentales? Así, reza el consenso que la historia de las grandes obras se entronca en lo heredado de las fuentes de las que mama, se desarrolla en vida del autor y pervive en la memoria colectiva que se lega, en eso que otorga prestigio, e, idealmente, no sólo fama. No por nada se conciben la inmensa mayoría de las traducciones que son más que meras transmisiones cuando los originales ya han pasado a mejor vida, la de la huella que han dejado. De esto no se ha de inferir, como sólo un mal traductor caería en el lazo de hacer, que las traducciones han de contribuir a que los originales mellen, porque no han de olvidar que, en último término, les deben su existencia, siendo como han de ser un mojón mudo gracias al que se mide la evolución del impacto que genera una obra a lo largo de los siglos y a través de las barreras lingüísticas que sea que se dejen cruzar.

El resultado de esa capacidad de significar que alcanza una obra con arreglo a los lectores a los que pueda llegar y mover a que la resignifiquen se da únicamente en la vida que se le confiere a su muerte, y se presupone porque reside en su finalidad. La amistad entre Vida y Finalidad, que, en cuanto se vislumbra remotamente cognoscible, se reitera nuevamente escurridiza, acontece pues únicamente cuando el propósito de una vida, el objetivo que llama a actuar con el libre albedrío que provee, se coloca o se encuentra en otra esfera, la que la trasciende. Ni los propósitos de las formas de vida con propósito ni las formas de vida con propósito en sí han sido, se desprende, diseñados para poder cumplirse dentro de los confines de una vida, porque no se identifican más que las escenificaciones que fungen de lo que significan en esencia. Y la finalidad de toda traducción, qué duda cabe, ha de ser la de volcar a expresión lo que todas las lenguas expresan, si bien cada una a su manera. No podrá plasmar ni recrear lo habido en ese punto de unión entre lenguas, salvo con la palabra que lo traiciona en tanto únicamente lo representa. El propósito del traductor consiste, pues, en elegir esos términos que encapsulan y encorsetan lo que sólo se materializa, a la postre, en el ámbito de lo innombrable, que, si bien se deja advertir en analogías y tropos de diversa índole, permanece empero discernible de lo que se hace patente con alusiones. Para bien o para mal, ese ámbito en que las lenguas convergen no se puede más que presentir, aunque podamos demostrar, gracias a los indicios de los que nos abastece la Historia, que todas las lenguas sirven un propósito común y se hallan, en este sentido, emparentadas en lo que se permite exteriorizar a través de ellas.

Y así desembocamos nuevamente, arrastrados por otro ramal de la corriente, en la Teoría de la Traducción, un arco de iglesia que lleva armándose generaciones. Si la traducción ha de poder pues evidenciar el lugar en que las diferencias entre lenguas se suspenden, ¿qué mejor manera de hacerlo que ateniéndose a raja tabla a lo que expresa la forma y el contenido del original? A cuánto suma exactamente lo que comprende “a raja tabla” no es algo en lo que la academia se vea, aún y todo, con arrestos para pronunciarse, como tampoco parece estarlo para emitir ningún tipo de juicio sobre cómo navegar lo que es esencial en una traducción. Porque, en ocasiones, son traducciones que, en transgrediendo, inciden en lo que se halla una capa por debajo de lo que salta a la vista que encierra el parecido entre dos obras de distinta lengua las que mejor permiten dar fe del tronco que lleva a que todas las lenguas se den un aire. Pero, por desgracia, a efectos de descifrar en qué se fundamenta el parentesco entre original y traducción se ha de seguir la misma lógica que nos impide, en tanto nos queremos creer que reconocemos, ver que cada nueva instancia de una entidad reconocible

pudiera obrar con autonomía respecto de la copia que evoca. La ceguera con la que nos castiga apostar por un resultado determinado, es la que, por otro lado, evita que la traducción se vuelva redundante, ya que, si pretendiera ser únicamente una copia exacta del original en otra lengua, lo iba a tener enrevesado para competir con la que fuere que pudiese forjar un algoritmo. Pero no, porque, como ya ha quedado establecido, la traducción se debe al original que pervive, que no podría distinguirse del vivo si no se presentara metamorfoseado, a fin de pasar a entenderse como algo entre redivivo y reciclado. Porque hasta las palabras sobre el papel sufren una maduración tardía, cuando las modas de la época en que se gesta el original vencen y reaflore el estilo inmanente a la realidad. Lo que a la sazón sonaba joven puede envejecer hasta rechinar plomizo, y lo que era el vocabulario de andar por casa puede acabar atronando con el tiempo cual glosario de arcaísmos. Buscar lo esencial a esas transformaciones, así como a las que tan acostumbrados estamos a que sufra nuestro posicionamiento, en lo que puede llegar a asir un recién nacido en vez de en lo que nos enseña la vida que ha recorrido nuestra lengua y sus frutos, es, incluso para el psicologismo más aritmético, confundir ser con razón de ser, y negarse a admitir la baza que constituye para arrancarse a hacer historia la violencia artística, que se entiende fecunda. Incluso aunque se quisiera creer que la última estocada que el autor original pega con su pluma más o menos analógica en su obra resulta en lo que la completa, seguiría sin explicarse la cerril obstinación de los teóricos de la Traducción de antaño con medir computacionalmente la distancia a la que ha de quedar una traducción de su original. Porque, igual que, con el transcurso de los siglos, cambia, radicalmente, por ventura, lo que se percibe del registro y la tonalidad semántica original de las grandes obras, la lengua a la que han de verter los traductores dichas obras también evoluciona. Así, aunque una obra lírica logre perdurar merced a saber capear las tempestades que ensamblan las vicisitudes de los tiempos que corren, hasta su mejor traducción estará supeditada a vadear —cuando no naufragar en— los cambios que experimenta la lengua meta, la materna del traductor. La traducción renuncia a ser un intento de establecer una correlación sordomuda entre lo que se expresa en uno u otro código o lengua muerta análoga, porque, volcada como está en dar con lo que justifica que la palabra original haya sobrevivido, se tropieza con lo que constriñe la lengua de destino.

Cuando gracias a la traducción se barrunta ese ámbito en que todos los lenguajes casan no se debe a la similitud que se haya podido conseguir entre original y copia en términos fotográficos. ¡Como si a todo quisqui se le tuviera que poder leer el parentesco en la jeta! En que no es únicamente similitud con el original lo que aquello en lo que este derive permite

rastrearlo concuerdan académicos y los que barajan una acepción más de alpargata de parentesco, que no por ello se torna menos imprescindible. ¿Dónde se tiene entonces que buscar el parentesco allende el histórico entre dos lenguas dadas? Podemos tirarnos a la piscina y decir que en la similitud de sus segmentos igual de poco que en la que se pueda llegar a columbrar entre dos obras, porque, en verdad, el parentesco suprahistórico de las lenguas se ubica en el hecho de que todas facultan y restringen para y hasta concebir lo mismo, no cada vez que se articulan, pero sí en donde reside lo que las hace articulables: la protolengua. Porque aunque sus semas diverjan entre sí cuando se juntan en la palabra, los giros y demás idiosincrasias lingüísticas, el problema a resolver que ha dado origen a todas ellas es el mismo. Esta ley, en la que se asienta el cuerpo de la filosofía del lenguaje, para ser exactos, nos lleva a distinguir entre lo que se quiere decir y cómo se dice. Pudiera parecer que “pan” y “Brot” vienen a querer decir lo mismo, a modo de ilustración. Lo que se dice, en cambio, es otra película, la que la lengua induce a su hablante a que se monte, que, en última instancia, conduce a que tanto al hispano- como al germanohablante le parezcan difícilmente intercambiables, o hasta, en ocasiones, recíprocamente excluyentes, aunque coincidan en que, a efectos prácticos, signifiquen lo mismo. Sin embargo, pese a que el modo puntual en que se da a lo que se hace alusión nos lleve a cada uno a pintarnos una realidad distinta, en tanto emplazado en el discurso, se halla constreñido a ser discernido como el resto de elementos procuren que se haga, a saber, como debe entenderse: en protolengua. Esta, lo que se quiere decir y hacia lo que tiende necesariamente lo que se dice en cualquier lengua, permanece, no obstante, agazapada entre los pliegues que forman los ecos de cada una de ellas. Si suponemos, por consiguiente, que las lenguas están destinadas a evolucionar hasta, en el fin de los tiempos, encontrar la mejor solución para decir lo que se ha de decir, la traducción, que surge de la necesidad de subsistir de las obras y ha de tener presente los vaivenes semánticos de sus lenguas de trabajo, debiera valernos para probar que el crecimiento de las lenguas se ha de estimar sagrado, en tanto alberga un propósito, poniendo en el punto de mira cuánto se distancia lo que se calla de lo que se dice y de cuánto de esa distancia nos podemos o queremos hacer cargo.

Se admite que cada traducción, a fin de cuentas, no es salvo una solución, sujeta a sus propias circunstancias, de entre varias posibles para afrontar lo que se esconde en lo ajeno que resulta en una lengua lo que no en otra. Dar con un resultado más ambicioso que lo que permite dilucidar el tiempo y escenario de naturaleza finita en que se arma no está, lamentablemente, en manos del ser humano. Lo que sí nos vemos empero capaces de



registrar es cómo cambia el discurso de las religiones, cuyo deber es narrar el proceso de maduración que sufre cada lengua a partir de la semilla común a todas que es la protolengua. La traducción, a la que, a diferencia del arte, no se puede responsabilizar del mensaje que transmite, no reniega de tener por cometido uno que sea total, final y decisivo. Tiene el original, que, de forma especular, también es su destino, en cuyo radio de significación se ha de poder mantener y que crece, a su vez, en su seno, hacia esa estratosfera protolingüística donde sabe que no puede ni debe, en última instancia, echar amarras, pero la que de pronto siente más cerca de poder acariciar gracias a la tracción que le otorga lo que lo expande la lengua de acogida, que jamás podría tampoco constituirlo al cabal. Que el original no logre fundirse con la protolengua no quita para que en la traducción se busque transmitir algo más que lo que cabe incrustarse en hileras de ceros y unos. Su órgano protolingüístico se situaría, por ende, en lo que en ella se convierte en intraducible. Porque si la traducción se dispusiera únicamente a verter a la lengua meta lo que el original suministra en calidad de información, en la medida en que esto sea claramente discernible, pecaría de no estar siendo fiel a su finalidad, que es hurgar en lo intangible, en aquello que no se puede transferir sin más con un término que se pueda ponderar equivalente, porque incide en lo que es propio a la lengua en la que se halla. El lenguaje de la traducción ha de ser pues uno que permita al fruto que nace de su unión con el original berrear por su cuenta, en esa protolengua que no se le acaba de ceñir bien a lengua alguna y queda extraña y feroz. Un lenguaje así no se presta a trasvasar el contenido del original de una lengua a otra, porque ¿por qué limitarse a ello, cuando este se ha vuelto irrelevante? En consecuencia, se ha de poder reconocer en cualquier traducción a cualquier lengua bajo las circunstancias históricas que sean el espíritu del original que permea, con distinto semblante, toda traducción suya que se precie del nombre. La traducción trasplanta el original así, irónicamente, a un terreno lingüístico más definitivo, del que ya no se podrá sacar y en el que se quedará para ser contemplado desde otro prisma. No por nada nos recuerda “la ironía” recién retratada a los románticos, quienes ahondaron más que muchos en la vida de las obras, de la que la traducción da fe, si bien es cierto que ellos no llegaron nunca a reputarla como merece, al desviar su atención hacia la exégesis crítica, que, todo sea dicho, también pone su granito de arena por la pervivencia de las obras. Pero, aunque su teoría apenas se mojara en lo concerniente a la traducción, nos dejaron traducciones suyas que prueban hasta qué punto habían captado lo que nos ha de llevar a tener el arte en tan alta estima. Y todo apunta a que eso que ha de transmitir no es algo que el poeta vaya a tener necesariamente más al alcance de la zarpa, porque quizá sea quien menos espacio pueda dispensarle. Ni siquiera se sigue de lo que nos indica la historia

que sea verdad el dicho de que los grandes traductores son también poetas y los malos poetas, traductores regulares. Muchos entre los mejores, como Lutero, Voss y Schlegel, se han celebrado incomparablemente más como traductores que como poetas. Otros, como Hölderlin y George, no se pueden considerar sólo poetas, en atención a lo que comprende su creación, igual de poco que únicamente traductores. Como la traducción es un arte propio de hecho y derecho, se concluye que la labor y renuncia del traductor sea distinta y palmariamente diferenciable de la del poeta.

Consiste pues en que el original haga eco en la lengua meta. A diferencia de al poeta, al traductor no se le encomienda espulgar la lengua en la que obra. En vez, ha de emplearla de vehículo. La traducción no se adentra en la zona más selvática, como sí lo hace, por contra, la lírica, que busca reflejar esa espesura que en alemán le es inherente. Se asoma al lindero y ya, desde donde invita al original a que resuene, con lo que trae puesto de la lengua de la que parte. No es que el objetivo que persigue la traducción —véase, componer un entramado digestible en el que el original se pueda sentir, en el extranjero, como en casa— sea completamente distinto al de la poesía, que también; es que, además, lo ha de ser el ángulo desde el que propone observar la realidad cada una de ambas artes. La mirada del poeta es naíf y aventurera; la del traductor, en cambio, es derivada, final, idealizante. Porque es en la traducción donde se cumple que todas las lenguas vienen a decir lo mismo, la protolengua, que no fluye como debiere, más próximo al corazón de la lengua meta, como, de facto, suele poder evidenciarse en las construcciones lingüísticas de traducciones que casan malamente, pero en la que las distintas lenguas se hermanan y complementan para significar a coro. La protolengua es en lo que se expresaría la verdad de llegar a poder verbalizarse, la solución a los enigmas que todo pensar tiene como finalidad última resolver. Pero ni siquiera en la traducción se puede dar esta lengua, que se ha de antojar completa, desnuda. No hay una musa de la filosofía, como tampoco la hay de la traducción. Pero no porque chapoteen en otras aguas han de presumirse menos inquisitivas, como pudieran querer acusarlas de ser, o no ser, los nostálgicos de la esencia artística, porque también interesan las perlas que moran en sus profundidades.

«Les langues imparfaites en cela que plusieurs, manque la suprême: penser étant écrire sans accessoires, ni chuchotement mais tacite encore l'immortelle parole, la diversité, sur terre, des idiomes empêche personne de proférer les mots qui, sinon se trouveraient, par une frappe unique, elle-même matériellement la vérité».

Cuando lo formulado por Mallarmé en estas palabras se convierte en mensurable para el filósofo alemán, ha conseguido la traducción encontrar el equilibrio protolingüístico entre enunciado y enseñanza. Y aunque no llegue nunca a alcanzar el reconocimiento de los originales, deja surcos igual de profundos en la historia.

Desde esta perspectiva, el traductor parece condenado a fracasar, en tanto su labor se reduzca a permitir que, en el caldo de cultivo que la provea, brote y se curta la protolengua, que o bien no aflora nunca del todo o no cabe determinarse cuándo lo hace, porque, en última instancia, ¿no se queda sin firme bajo sus pies cuando la reproducción del sentido original deja de tenerlo?, como, por otro lado, cualquier predicción que precise de fijar variables. Fidelidad y libertad —libertad para devolver el sentido original en palabras que le son ajenas y, a su servicio, fidelidad a la palabra original— son los dos antagonistas que siempre se traen a colación en cualquier discusión que se tenga sobre traducción. Las teorías que anhelan encontrar en la traducción algo distinto a la reproducción, más o menos fidedigna o libre, del sentido original enseguida dejan de poder justificar su anclaje en lo que refleja la realidad. Se suelen describir como términos contrapuestos pese a que la fidelidad carente de libertad de parafraseo merme el sentido del original, que, más que agotarse en lo que se viene a querer decir cuando se emplean unos términos dados, aumenta en proporciones y concreción cuando se vincula a los procedentes de otras lenguas. Algo de lo que se conoce como la tonalidad de las palabras sí se le engancha siempre al sentido, pero intentar replicar la sintaxis de la lengua origen en la meta amenaza en un pispás con tirar todo sentido, más y menos original, por la borda. Las monstruosas traducciones de Sófocles firmadas por Hölderlin en el siglo XIX son así prueba irrefutable del mal que hace a la exposición de sentido la fidelidad ciega a la letra. Se deduce pues que la literalidad no favorece la preservación del sentido que se concierta en el original, que es lo que, en suma, interesa, aunque a los malos traductores les pueda parecer lo contrario con las libertades que se toman regurgitando en chino, ese que no cuaja en la lengua en la que el lector espera recuperar el original, ni sirve, por extensión, a la lírica. Lo que se le ha de pedir entonces a una traducción por ley, visto que hemos de rendirnos a no poder llegar a conocer nunca la verdad subyacente a lo que la motiva, es resultar más convincente en su lengua. Como quien trata de restaurar un jarrón que, en el impacto contra el enlosado, ha quedado hecho trizas, el traductor ha de componerle, dentro de las posibilidades que ofrece la lengua meta para restañar heridas y hacer por que las esquirlas pacten otro tipo de encuentro fructífero, un

cuerpo nuevo y funcional al original que lo recuerde, a él y a la protolengua en la que todos los lenguajes callan en sintonía. Debido a eso, ha de distanciarse de la intención de querer comunicar algo, de ostentar sentido pleno. El original pasa así a serle únicamente esencial en tanto estipula la pertinencia y la estructura de lo a comunicar. También en el ámbito de la traducción impera que “*en archê ên ho logos*”, en el principio era el Verbo. Por otro lado, también ha de plegarse el sentido a la voluntad de la lengua en que trata de abrirse paso, para que su *intentio* se escuche como el de la propia lengua, idealmente, como el de su guinda o broche, en vez de como la voz del que predica en el desierto. Con todo, se ha de aplaudir a la traducción, sobre todo durante los tiempos en que se consolida, más por haber hecho los malabarismos pertinentes para permanecer fiel al sentido del original, probando que estaba destinado a decir lo que se debe escuchar y, por ende, se debía de poder procesar, que por leerse como una pieza redactada originalmente en la lengua en que está. Porque la traducción verdadera no busca ni eclipsar ni tan siquiera chupar cámara; es translúcida, apuesta por pasar desapercibida para que la protolengua que plantea y en favor de la que rompe una lanza el original, en ocasiones, en guerra con los intestinos de la lengua en que se acantona, se crezca hasta revelarse sensata. Y, sobre el particular, se le ofrece el recurso de mantenerse fiel a la sintaxis del original que hace hincapié, no en la oración, sino en la palabra, que ha de valer al traductor de piedra angular. Porque la oración es un muro que se levanta entre ambas lenguas; la palabra, en cambio, el arco que las conecta.

Estas disquisiciones no hacen mucho por reconciliar fidelidad y libertad en la traducción, que ya llevaban tiempo en liza. Es más, pudiera parecer que se inclinan por inflar uno de los extremos hasta que acabe por fagocitar al contrario. Porque, ¿a qué se hace referencia con “la libertad” si no es a la de verter el sentido del original a la lengua meta de modo que el resultado se pueda reconocer como uno entre muchos? El problema radica empero en que, incluso cuando el sentido se cree poder adivinar a partir del signo que lo expresa, en cuanto se desliga de este, muestra que esconde lo que de él trasciende, que cabe intentar volver a postrar en el lecho de Procusto que es una lengua con más o menos elegancia. Cada lengua permite pues comunicar, en la medida en que no lo permite; es, según la mirada que se le arroje a ella y lo que forja, símbolo y simbolizado. Símbolo, sólo todo aquello que puede producir en tanto lengua de naturaleza definida y finita, pero simbolizado lo que en ella apunta a lo que puede llegar a ser, que es donde se instala la semilla de toda lengua, lo que hace que la lengua sea tal, la protolengua, que no tiene otra que encontrar cabida en el símbolo, dentro del que late fragmentada. Cuando se pretende asimilar la protolengua a la

lógica que gobierna las expresiones y procesos de cualquier lengua en cualquier momento dado, se la fuerza a quedar atrapada en lo vivo con lo que le es ajeno, y el mayor y único poder del que goza la traducción es el de liberarla, convirtiendo al símbolo en simbolizado, el terreno de la protolengua que se le gana a las lenguas en tanto sujetas a evolución. En esa protolengua, que ya no dice ni calla nada, en ese Verbo que no nombra, porque es lo nombrado, se junta finalmente toda comunicación, todo sentido y toda intención, en un mismo plano, en el que han sido designadas a quedar consumadas. Es en virtud de ella que se confirma, se avala y se persigue la libertad que se ha de ejercer en la traducción, no para acercarnos un comunicado, cuyo yugo tiene el deber de sacudirse la fidelidad al origen, sino más bien para acolchar, acomodar y entronar a la protolengua en la propia, la lengua madre, que también es la de destino. Liberar en tejiendo —¿en verso?—y engarzando en la propia la protolengua sepultada en una extranjera, en los muros portantes de una de sus obras, con sus balcones y sus cenefas ya todas en su sitio: esa es la labor del traductor. Por ella dan de sí y derriban lo que en su propia lengua se evidencia falto o fallido para dar acogida al mensaje, como, por ejemplo, hicieron Luthero, Voß, Hölderlin y George, que expandieron en sus traducciones las fronteras del alemán.

Lo que en esta relación entre traducción y original le queda pues de peso al sentido se deja compendiar en una metáfora, a saber, la del punto en que la tangente que es la traducción toca el círculo que es el original, para retomar al cabo su trayectoria hacia el infinito, guiada por la impresión que le ha dejado el roce, sobre los raíles que pone la fidelidad al original en la libertad que prescribe tener que calzarle el producto al terreno, lingüístico, de superficie accidentada. En lo que se cifra realmente esa libertad lo describe Rudolf Pannwitz cuando se explica a propósito de lo que él llama “la crisis de la cultura europea”, que integra, por otra parte, junto con las notas al traductor de los poemas de Hafez que añade Goethe a su *Diván*, lo que bien puede considerarse la flor y nata de lo que se ha publicado en Alemania en materia de Teoría de la Traducción. Allí, opina como sigue:

«Nuestras traducciones, incluso las mejores, parten de un principio erróneo: quieren germanizar lo indio, lo griego, lo inglés, en lugar de hacer que lo alemán se vuelva indio, griego o inglés. Tienen un respeto mucho mayor por los usos propios de su lengua que por el espíritu de la obra extranjera... El error fundamental del traductor es que retiene el estado accidental de su propia lengua en lugar de dejar que sea profundamente sacudida por la lengua extranjera. Cuando traduce desde una lengua muy distante, debe penetrar hasta los

elementos últimos de la propia lengua, donde palabra, imagen y sonido se unen en uno. Debe ampliar y profundizar su lengua a través de la extranjera. No se tiene idea de hasta qué punto esto es posible, hasta qué grado cada lengua puede transformarse, de modo que una lengua de otra apenas se distinga más que un dialecto de otro, y esto no ocurre cuando se toma a la ligera, sino precisamente cuando se toma con toda la seriedad».

Cuánto se ha de pedir a la traducción que posibilite ídem se ha de regir por la traducibilidad del original. Cuanto menor la relevancia que se le pueda presuponer y la resonancia que pueda alcanzar la lengua en que se despliega y repliega, cuanto más emule, luego, a una diligencia destinada a descargar un mensaje, menos a cuenta saldrá la traducción, cuando no la asfixia del tirón y por completo el sobrepeso de sentidos que exuda el original y que desentona con lo que pudiere actuar de trampolín para bordar la labor que propone la traducción. Así, cuánto más haya de arte en una obra, más se prestará a ser traducida, dentro de lo que promete el efímero roce que resulta de acariciar su sentido con otras manos. Se entiende que esta ley sólo se aplica a originales. Las traducciones son intraducibles, no ya sólo por el peso que remolca cada término, sino, mayormente, por la flexibilidad con la que se asoma entre sus líneas el sentido. Esto queda especialmente patente en las traducciones de Hölderlin, que son muy esclarecedoras en muchos sentidos; sobre todo, en las que dedica a ambas tragedias de Sófocles. En ellas es la armonía entre ambas lenguas origen y destino tal, que el sentido, en vez de ser engendrado por la lengua, es más bien abanicado por ella a intervalos. Las traducciones de Hölderlin no sólo han servido de referente para las que se han querido acometer a posteriori, sino que, además, se ofrecen a modo de efigie de lo que el original debiera haber querido expresar de haber podido, lo cual queda negro sobre blanco en la comparación de las traducciones que elaboran Hölderlin y Borchardt de la tercera oda pítica de Píndaro. En ellas se palpa, no obstante, el peligro que se cierne, desde el principio de los tiempos, sobre toda traducción, *id est*, que los tabiques de una lengua tan dilatada y calculada como en la que necesariamente se instala cedan y el constructo se le venga entero abajo, encima, como una lápida. Las traducciones que Hölderlin realizó de Sófocles fueron las que sellaron su obra. Suspende en ellas el sentido tan a menudo que nos obliga a hacer las paces con el abismo, hasta casi permitir que se pierda todo hilo conductor en las tenebrosas profundidades sin fin en que todas las lenguas son una. Pero se frena, porque, salvo a los sagrados, no se le permite a ningún texto, que viene a decir algo que acaba, mal que bien, diciendo por completo, ser el tajo líquido del que nace el caudal de lengua que es revelación. El texto que directamente y sin mediación del sentido se cristaliza en la

protolengua que se ajusta a la verdad o la enseñanza prístina vuelve su propia traducción redundante, porque es su lengua la que transporta a cualquier traducción que pudiera darse a su destino. En un texto así, la traducción está conminada a depositar una confianza ciega, en que le vaya a saber dirigir a casar con él sin fricciones, como lo hacen la lengua y la revelación, pero con la fidelidad a la letra y la libertad de saltársela, en un cuerpo que se asiente sobre y se atisbe entre sus líneas. Y en alguna medida contienen todas las grandes obras, amén de las sagradas, su traducción virtual en lo que no se echa en plaza, porque es la versión del texto sagrado que habita en los silencios el arquetipo y la meta de toda traducción».

# Exposición y desarrollo

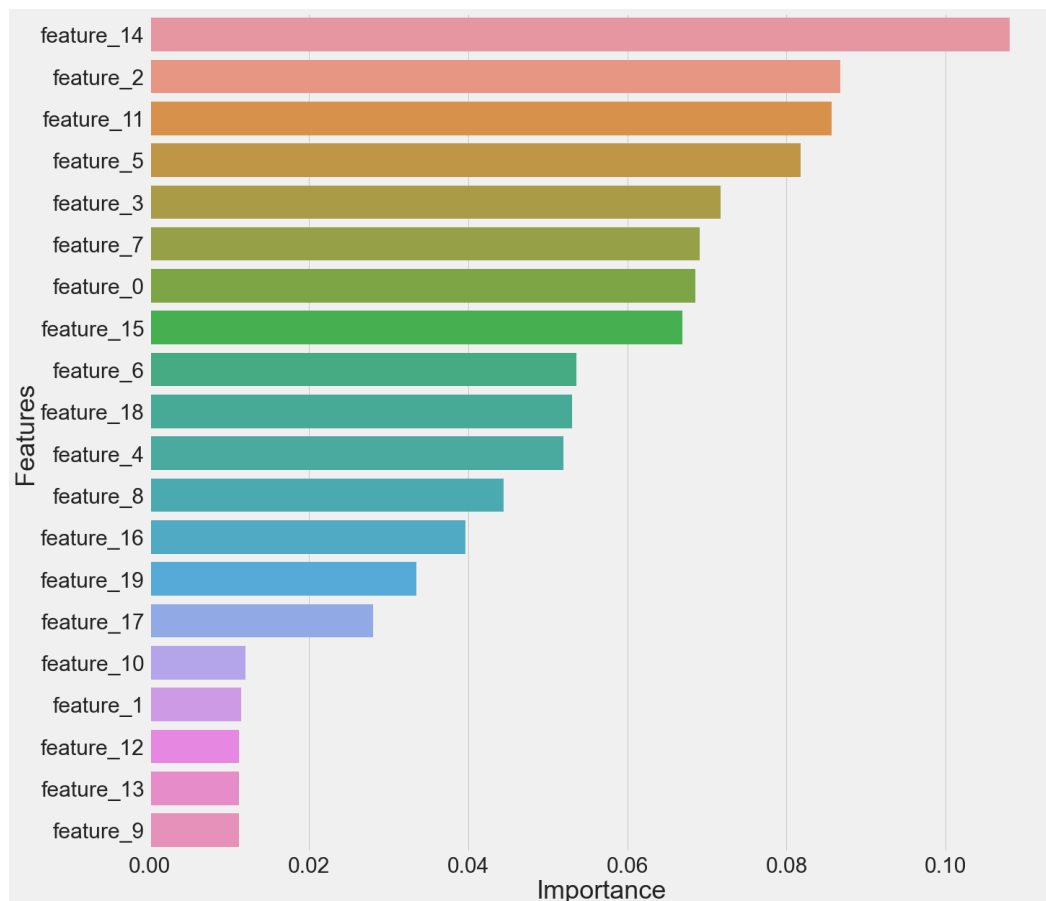
Perdón, me he dejado llevar por la palabra —y sus silencios—, como, por su parte, necesitaba que lo hicierais vosotros, porque, para empezar, no debiera presuponer que todos podáis llegar a haceros con una copia de esta traducción de iAnónimo, quien, a estas alturas, es casi más mito que carne y hueso. Yo la obtuve gracias a Sidi Jaimete, que es como me voy a autorizar a rebautizar en este escrito a un contacto que tengo en el Departamento de Saneamiento de Teorías Contrarias a la Verdad, sí, el chiringuito *purgaconspiranoias*, que se le dice a pie de calle. No se le ha de tener en cuenta, con todo, porque, aunque no esté a dismantelarlo desde dentro, de algo de orden y concierto sí me consta que lo provee. Al fin y al cabo, ya se sabe que la verdad es una zorra de postal, como tendremos ocasión de explorar en mayor profundidad a continuación, cuando nos pongamos a diseccionar lo que nuestro benjamín, el de la Historia contemplada como completa que nace en el origen de los tiempos, nos comunica no, jamás, nos canturrea, ¿quizá?, en constructos de quien recoge lo sembrado en otra lengua.

Para poder hacerme entrega de los folios, con la traducción y los informes que había elaborado él de su autor a partir de la información extraída del Sistema Central, y evitar así dejar rastro electrónico de su transgresión, me citó en una de las pocas cafeterías de barrio que quedan. Y allí, sobre el mobiliario de plástico, que es más sufrido, me confirmó mis sospechas. iAnónimo, ese autor sin rostro tan denostado que, no obstante, no paran de viralizar los *conspiranoicos*, está, a juicio de la IA, entre el 0.32 % de autores más peligrosos del mundo.

Imagino que no es esa la imagen que tenéis de él, que me aventuraría a aseverar se acerca —¿irónicamente, en términos románticos?— más a la que les interesa a los paladines de la IA que se divulgue: la de un zumbado de dudosa reputación con un discurso que, por lo que sea, conecta con un porcentaje relativamente pequeño y beligerante de la población. Si no permiten que se distribuya libremente su obra es porque provoca a las bestias que lo han convertido en su consigna, no porque contenga nada de valor que merite un análisis bajo lupa, es como reza la leyenda.



No obstante, acorde a los informes de mi contacto, las *features* que se habían evidenciado como con mayor peso para que la IA pudiera establecer su ranking de autores peligrosos, que, por lo visto, quedan, en términos numéricos, definidos como “más parecidos a los que han contribuido históricamente con sus obras a movilizar a las masas de a partir de un tamaño a la acción violenta”, eran las que se muestran en el gráfico que aparece a continuación:



El glosario que Jaimete se ha molestado en adjuntarme para poder interpretar el gráfico me comenta que feature\_14 es el sexo, más el genital que el conquistado; feature\_2, la lengua en que se expresan; feature\_11, el porcentaje de gente prominente que se cuenta entre su círculo de amistades más y menos virtuales; y, de feature\_5 en adelante, con algunas excepciones, características de sus obras, aproximadas desde todas las ópticas y combinadas a conceptos no verbalizables como más sentido se ha podido demostrar estadísticamente que tiene combinarlas. Incluyen, verbigracia, en retazos de su sentido —que sólo ha de cobrar, a la postre, para la máquina—, cuántos fonemas, morfemas y sintagmas se juntan con según qué frecuencia de uso en la lengua y contexto en que se dan para formar según qué unidades

semánticas, más o menos equivalentemente convocables en otras lenguas y contextos. Y con “convocables”, en este caso, no me refiero a lo que hipotéticamente podría ser convocable y debiera poder serlo con independencia de que se convocara o no, sino a lo que se puede certificar que acabara convocándose en algún momento debido a lo que se puede medir que se ha de poder celebrar la convocatoria.

Las excepciones —en retomando el hilo— no han de ser empero desdeñadas, porque son las *features* en que se traducen las dimensiones, la constitución demográfica y los hábitos de lectura y escritura de su audiencia. Es ahí donde iAnónimo rompe todos los esquemas, porque no debería recibir la acogida que detenta en virtud del resto de factores que lo singularizan a él y su obra. La sensación que causa no se explica por quién es, en tanto podría ser cualquiera, ni lo que produce, cuyos oscuros derroteros no se comprende que den en el blanco. Es una anomalía, una incógnita en toda regla, una que, con esta traducción suya me he propuesto someter a mayor escrutinio.

Todo apunta a que su vertido del original benjaminiano debiera entenderse como una traducción horrenda; las masas que mueve a buscarla y auscultarla hermenéuticamente, así como a apropiarse al autor original y el resto de su obra dan, sin embargo, fe de lo contrario. En consecuencia, ¿no nos fuerza este hallazgo a replantearnos qué interpretamos como una buena o mala traducción?

A partir de lo que iAnónimo nos narra que nos cuenta Benjamin, inferimos que una buena traducción ha de ser aquella que transmita al lector meta lo que el original debiera haber querido decir si no hubiera estado sujeto a decirlo en su lengua, porque se entiende que sólo se presta a ser correctamente traducida la obra que apela a la verdad para- y supralingüística, que, a diferencia de lo que atañe al común de los mortales, rebasa lo espaciotemporal, y, a raíz de ello, no es lingüísticamente envasable. ¿Como la que capta la IA como entidad a la que no le va nada en que la realidad se presente con uno u otro semblante?, cabría preguntarse.

Pongámonos momentáneamente en su piel, fría, lustrosa, de porcelana. Si consideramos que la obra digna de ser traducida ha de poder antojársele valiosa, en primera instancia, a las futuras generaciones de hablantes de la lengua en que se plasma, pero, sobre todo, a los hablantes de otras lenguas que no tienen tampoco por qué ser coetáneos del autor, ¿en qué se

ha de concretar ese valor que debe poder aportar la traducción a quien no se pudo concebir como destinatario original? Imaginémosnos por un instante en esa simulación *muskiana* en que se nos encarga reconstruir el Cáliz de la Verdad, que nos ha de revelar cómo ganar la partida, pero sobre cuyo aspecto sólo se nos permite elucubrar salvajemente a partir de fotografías parciales y distorsionadas. La traducción *benjaminiana* habría de servirnos, en este sentido, para plantarnos ante lo que el otro pone de esperpéntico en su retrato del santo grial. Si la traducción delega sin embargo en su receptor la tarea de discernir cuántas de las dioptrías que nublan la prácticamente autoexplicativa visión de conjunto que debiera poder ofrecer el original son endosables al ojo particular del autor, lastrado por sus vivencias, y cuántas a aquel con el que le equipa su contexto histórico y su lengua, ¿en qué medida podrá hacer este nuestro receptor por corregir esa imagen que se le traslada para que no le resulte del todo peregrina, ajena e irreconocible, véase, allende lo que la expectativa que tiene de cómo se comporta la realidad le permite registrar como una traición a su conducta asumible?

Porque es llegado ese punto, cuando cada oración cuesta una —si no varias— relecturas, que, estadísticamente hablando, el lector medio abandona el texto, en el mejor de los casos, cuando no acontece que, además, mina este su confianza en textos de rasgos equiparables. A Benjamin este fenómeno no le quita el sueño, porque el destinatario de una obra merecedora de ser loada no se tiene que materializar necesariamente como receptor de la misma, ni en tiempos del autor, ni en ningún otro. Yo, pese a ser de la convicción de que dejar lo de apreciar la labor intelectual de los humanos a Dios no es precisamente lo que más propicia que se ejerza, sí concuerdo con él en que hay testimonios, como el de Primo Levi, sin ir más lejos, que no se pueden recibir en el tiempo presente por la audiencia presente, y que han de darse y preservarse aún así, porque hablan de nuestras contradicciones, cegueras y heridas, de las que, como sociedad, nos hemos de restablecer en pos de sobrevivir.

Ahí es donde iAnónimo le ve utilidad a la literatura, que es lo único que se traduce remuneradamente en la actualidad, como discurría en ese artículo suyo que apareció en el blog de Lengua Matria, intitulado “La metáfora divorciada del símil”. Cito textualmente:

«La literatura es llevar la metáfora a sus últimas consecuencias. Es desplazar la realidad a una esfera paralela de laboratorio en que sólo se puede hallar acorde al área y trazado que se le asigna, pero que el receptor está eximido de conocer, y cuya magnitud, ubicación y cuadratura queda en sus manos visualizar con arreglo a pinceladas, que es donde reside la

clave, en el espacio que lo que se dice procura a que se entienda o no lo que se viene a querer decir, sin que no hacerlo menoscabe la sensación que le queda a uno de haberlo hecho».

Porque según qué lesiones no sanan de un día para otro, con pomada de ancas de rana u otros bálsamos de Fierabrás, me figuro. El campo de batalla necesita tiempo para cicatrizar y desprenderse del peso —de sangrante y rabiosa actualidad— que impide que se relativice y se observe desde otros ángulos. En este sentido, la literatura se disfraza, como la rubia aquella muy legal, de juego, para plantar la bomba —bien envuelta en papel de regalo— sin hacer saltar las alarmas y poder así dejar que explote en varios tiempos. Por consiguiente, es gracias a esta que podemos albergar la esperanza de que sobreviva y se acabe escuchando lo que es demasiado complicado o doloroso de advertir al primer envite, como nos ilustra unos párrafos más adelante nuestro sujeto de estudio, quien —por si su antepuesta traducción-lectura del prólogo *benjaminiano* había dejado lugar a dudas— creía firmemente que es condición *sine qua non* para que una obra perviva que cale algo desde el principio, al menos, como para que se pueda repescar en el futuro en que se ha de lograr sacar más en claro.

¿Qué ha de llegar del original a través de la traducción, no obstante, para que compense invertir en confeccionarla? Ese espíritu que rezuma y se halla en consonancia con la protolengua, nos instruye Benjamin, lo cual, en términos *ianonímicos*, se traduce en un enfoque de la realidad exolingüística que sólo se conquista posicionándose uno donde el otro. Cuánto más lejana se pueda presuponer esta perspectiva que arroja el otro sobre la realidad exolingüística a la que puede llegar a obtener el receptor con las herramientas lingüísticas y paralingüísticas a su alcance, más valiosa habrá de intuirse, siempre y cuando alumbre intramuros del cosmos de lo concebible. Para él, la labor del traductor consiste pues en devolver en la lengua de su lector, el meta, lo que este

- a) puede concebir que la obra original pudiera haber querido decir de haber querido decir algo que se pudiera entender en la lengua meta, y
- b) espera que se lea como inicialmente ininteligible, atribuible a un forastero, un otro ajeno, que habrá de ir, no obstante, manifestándose progresivamente aproximable hasta resultar poco menos que familiar.

Porque, ¿qué sentido tendría si no traducir en vez de adaptar parafraseando en otra lengua?, que es por lo que se inclina, si bien a todas luces, también paradójicamente, nuestro fulano

particular. ¿Cómo se come, pues, que Benjamin mente “los cerros de Úbeda”, así, nada más arrancar? ¿Qué pretende iAnónimo con semejante declaración de intenciones, cuando el traductor, a su propio juicio, ha de vender la autonomía del original? En suma, ¿en qué universo tendría sentido que alguien fuera a querer buscar en una traducción, en lo extraño, en definitiva, lo que se emplaza dentro del diámetro que se deja recorrer en pantuflas?

En el que se vaticina, nos contesta iAnónimo, en su época, refiriéndose —¿quizás?— al nuestro. Para situarnos, permitidme recurrir a nuestra vieja amiga, la única que aún se resiste a ser mecanizada, con una anécdota.

Durante el último confinamiento por estado de emergencia —de hace apenas unas semanas— que supuso la suspensión del mundo de puertas afuera, decidí emplear mi tiempo libre en sacarme unas perras adicionales cotejando y corrigiendo los resúmenes que la IA compila de los artículos científicos que se producen en el tercer nivel, los de autores relativamente noveles pero con una probabilidad superior a la media de acabar expresando algo que fuera a poder valorar una proporción sustanciosa de la población. Para quienes no conozcan la maquinaria, se la compendio:

A fin de ofrecer un guía fiable de toda la ingente y humanamente improcesable cantidad de obras que se publican, la IA se vale de un sistema de recomendación híbrido que consta de tres nodulos. En uno, se ordenan las obras según su tipo, temática, estilo, público y autor, lo cual ha de servir, consecuentemente, para recomendar las obras a sus destinatarios ideales, que es cómo todos los individuos que acceden a leer las obras que se publican se ordenan en un segundo nódulo, en función de sus rasgos inherentes y contextuales, así como de su historial de usos y gustos. Y para garantizar que no se la pueda culpar a posteriori de haber pasado nada por alto, abrevia cada obra a lo que cabe en no más de 150 palabras y se puede deducir algorítmicamente que va a concitar más curiosidad e interés en el lector que sea con el que se tope que vaya a verse tentado, aunque sea, por el incentivo económico, a revisar en qué medida se ajusta el resumen a lo que él aprecia que dice el original. Su ejército de anotadores y correctores humanos espontáneos son, por ende, ubicuos, y sus miembros, clasificables, en el tercer y último nódulo, acorde a su fiabilidad, que se mide por lo que se asemejan al recluta prototípico, y rentabilidad, por lo a cuenta que acaban saliendo los frutos de su trabajo.

A lo que iba: con, a un lado, el remanente de mi humeante café de cápsula que, a pildorazos, de suplementos alimenticios y psíquicos varios, me había ayudado a ponerme a punto para la operación, me dispuse a peinar el corpus de *abstracts* de la IA.

Me llevó un rato tropezarme con él, pese a haber ido desde el minuto cero exprofeso a bucear en las costuras. El artículo original se atribuía a un tal Don Nadie, sobre cuya persona sólo se me anunciaba que era discípulo de Pierre Menard, autor del Quijote. Por lo visto, se había propuesto escribir la mejor justificación de cómo ha de pensarse la labor de la traducción como sólo la IA podría hacerlo y como el predominio de la IA dicta que tiene sentido hacer, pero concibiéndola él, para que se recibiera conceptualmente como una obra suya. Así, cuando la IA podría haber redactado:

«El debate filosófico sobre la labor del traductor ha sido alimentado por diversos pensadores que han reflexionado sobre la naturaleza del lenguaje, el significado y la interpretación. Aquí tienes un resumen de los principales postulados de algunos filósofos clave:

### 1. Walter Benjamin: Traducción como Transformación y “Lengua Pura”

- **Postulado principal:** La traducción no debe ser una mera reproducción del significado original, sino una transformación que permita que el texto se acerque a una “lengua pura” que subyace a todas las lenguas.
- **Enfoque:** En su ensayo “*La tarea del traductor*”, Benjamin sostiene que el objetivo del traductor es revelar una dimensión universal del lenguaje que trasciende la literalidad del texto original. Para él, la fidelidad no es simplemente replicar palabras, sino preservar el “modo de intención” del texto original.
- **Implicación:** La traducción es una actividad creativa y espiritual, más que técnica.

### 2. George Steiner: Traducción como Hermenéutica

- **Postulado principal:** La traducción es un proceso hermenéutico, es decir, un acto de interpretación profunda donde el traductor se compromete con el texto original en un diálogo.
- **Enfoque:** En su obra “*After Babel*”, Steiner identifica la traducción como un acto casi amoroso que involucra cuatro pasos: confianza, agresión, incorporación y restitución.
- **Implicación:** La traducción no es solo transferir significado, sino también comprender y recrear el texto en un nuevo contexto cultural y lingüístico.

### 3. Jacques Derrida: Imposibilidad de la Traducción Literal

- **Postulado principal:** Toda traducción es inherentemente una reinterpretación porque el significado nunca es fijo ni totalmente transferible entre lenguas.
- **Enfoque:** Desde su perspectiva deconstructiva, Derrida cuestiona la posibilidad de una “traducción fiel”. Argumenta que siempre hay un excedente de significado (lo que llama *différance*) que escapa al intento de trasladar un texto a otro idioma.
- **Implicación:** El traductor no es un simple mediador, sino un creador que necesariamente transforma el texto original.

### 4. Paul Ricoeur: La Ética de la Traducción como Hospitalidad

- **Postulado principal:** La traducción es un acto ético de hospitalidad hacia la alteridad, donde el traductor busca un equilibrio entre fidelidad e innovación.
- **Enfoque:** Ricoeur introduce el concepto de “equivalencia sin identidad”, sugiriendo que la traducción no puede ser idéntica al texto original, pero sí equivalente en significado e intención. La traducción implica abrirse al otro sin traicionar completamente su singularidad.
- **Implicación:** La traducción es tanto un desafío técnico como un compromiso ético con el texto y su contexto cultural.

### 5. Friedrich Schleiermacher: Dos Estrategias de Traducción

- **Postulado principal:** El traductor debe decidir si “lleva el autor hacia el lector” o “el lector hacia el autor”.
- **Enfoque:** En su ensayo “*Sobre los diferentes métodos de traducir*”, Schleiermacher propone dos enfoques:
  1. *Domesticación:* Hacer que el texto sea accesible al lector, adaptándolo a su cultura y lengua.
  2. *Extrañamiento:* Mantener la alteridad del texto original para que el lector experimente su singularidad.
- **Implicación:** Ambas estrategias tienen limitaciones y beneficios, pero la elección depende del objetivo del traductor.

### 6. Hans-Georg Gadamer: Traducción como Fusión de Horizontes

- **Postulado principal:** La traducción es una “fusión de horizontes” entre el mundo del texto original y el mundo del traductor.

- **Enfoque:** Desde su perspectiva hermenéutica, Gadamer ve la traducción como un diálogo donde el traductor no sólo interpreta el texto, sino que lo recrea en un nuevo horizonte de significado. El acto de traducir es, por tanto, un proceso dinámico y contextual.
- **Implicación:** La traducción siempre implica interpretación y adaptación, lo que hace imposible la neutralidad absoluta.

## 7. Antoine Berman: La Ética de la Diferencia en la Traducción

- **Postulado principal:** La traducción debe preservar la “extrañeza” del texto original y resistirse a las tentaciones de la domesticación.
- **Enfoque:** En su obra “*La prueba del extranjero*”, Berman aboga por una traducción que respete la singularidad cultural y estilística del texto original. Critica las estrategias que buscan “naturalizar” los textos traducidos.
- **Implicación:** El traductor debe ser consciente de las dinámicas de poder cultural y lingüístico que afectan la traducción.

## 8. Umberto Eco: Traducción como Negociación

- **Postulado principal:** La traducción es una negociación de significado entre dos sistemas culturales y lingüísticos.
- **Enfoque:** En “*Decir casi lo mismo*”, Eco subraya que la traducción no busca una equivalencia perfecta, sino una aproximación funcional. La tarea del traductor es garantizar que el texto “funcione” en el contexto cultural del idioma de destino.
- **Implicación:** El traductor es tanto un intérprete como un mediador cultural.

## Conclusión

En conjunto, estos filósofos nos muestran que la traducción no es solo un acto técnico, sino un proceso profundamente filosófico y ético. Cada postura destaca un aspecto crucial de la labor del traductor, desde la creatividad y la transformación hasta la responsabilidad ética y el respeto por la alteridad. La traducción, entonces, es más que transferir palabras: es construir puentes entre mundos lingüísticos y culturales»;

él escribía:

**«La labor del traductor: Un diálogo entre voces filosóficas**



“La tarea del traductor” —escribe Walter Benjamin— “es liberar en su propia lengua esa lengua pura que está exiliada bajo la envoltura de otra, reconciliando así las lenguas separadas” (*Die Aufgabe des Übersetzers*). La traducción, en esta visión, no es un acto de mera transferencia de significados, sino una búsqueda de algo más esencial, una “lengua pura” que une lo diverso en lo universal.

Sin embargo, esta tarea no está exenta de tensiones. Como señala George Steiner, “toda traducción implica un acto de agresión, una apropiación del texto original, pero también una restitución que busca preservar su esencia en otro idioma” (*After Babel*). El traductor, entonces, se convierte en un intérprete hermenéutico, alguien que dialoga con el texto en un acto de confianza y comprensión profunda, pero siempre consciente de la imposibilidad de una equivalencia perfecta.

Hans-Georg Gadamer, desde su perspectiva hermenéutica, complementa esta visión al afirmar que “la traducción es una fusión de horizontes, un encuentro entre el horizonte del texto original y el horizonte del traductor” (*Verdad y método*). Para Gadamer, el traductor no sólo transmite significado, sino que también lo recrea, interpretando el texto en un diálogo constante que involucra tanto el pasado del texto como el presente del lector.

Jacques Derrida profundiza en la problemática de esta recreación al afirmar que “la traducción no puede ser fiel en el sentido absoluto porque el significado nunca es fijo; cada acto de traducción crea algo nuevo” (*Des tours de Babel*). La labor del traductor, en este sentido, no es únicamente la de un mediador, sino la de un creador que, al reinterpretar el texto, revela sus capas más ocultas y abre nuevas posibilidades de sentido.

Para Paul Ricoeur, esta tarea tiene una dimensión ética: “El traductor debe practicar una hospitalidad lingüística, acogiendo la alteridad del texto sin anular su diferencia” (*Sobre la traducción*). Esta “equivalencia sin identidad” subraya que el traductor no busca borrar las fronteras culturales, sino tender un puente que permita al lector experimentar la otredad de manera auténtica.

El dilema entre preservar la otredad o acercar el texto al lector también es central para Friedrich Schleiermacher, quien plantea que “hay dos caminos: o el traductor deja en paz al autor y mueve al lector hacia él, o deja al lector en paz y mueve al autor hacia él” (*Sobre los diferentes métodos de traducir*). Este acto de elección refleja las tensiones entre la fidelidad al texto original y la accesibilidad en el idioma de destino.

En esta línea, Antoine Berman insiste en que “la traducción debe resistir la domesticación y preservar la extrañeza del texto extranjero” (*La prueba del extranjero*). La labor del

traductor, según Berman, es un acto de respeto por la singularidad cultural y estilística, una resistencia a los impulsos de homogeneización que empobrecen el intercambio cultural.

Finalmente, Umberto Eco nos recuerda que “traducir es decir casi lo mismo” (*Decir casi lo mismo*). La traducción no busca una equivalencia literal, sino una negociación pragmática que permita que el texto “funcione” en el nuevo contexto lingüístico y cultural.

La labor del traductor, entonces, puede ser vista como un acto creativo, ético y filosófico: una transformación que no sólo conecta idiomas, sino que también enriquece mundos. Como en un diálogo, el traductor escucha, interpreta y responde, construyendo un puente entre lenguas, culturas y tiempos, siempre consciente de que el acto de traducir es, en última instancia, un arte de lo inacabado»,

en la esperanza de que esa reiteración de “decir casi lo mismo” se fuera a captar como producida por él, Don Nadie, como tendría sentido que sólo él lo pariera, con sus *features* más y menos idiosincráticas —e idiotas en general—, en prueba de la verdad que encierran las enseñanzas de su maestro:

«Pensar, analizar, inventar [...] no son actos anómalos, son la normal respiración de la inteligencia. Glorificar el ocasional cumplimiento de esa función, atesorar antiguos y ajenos pensamientos, recordar con incrédulo estupor lo que el *doctor universalis* pensó, es confesar nuestra languidez o nuestra barbarie. Todo hombre debe ser capaz de todas las ideas y entiendo que en el porvenir lo será».

Casi se me atraganta el encapsulado. Proseguía apuntalando que había tenido, con todo, relativamente poco éxito a la hora de vender sus postulados como propios. La IA recapitulaba su cometido y descubrimiento como sigue:

«El propósito del autor es demostrar que las ideas pueden parecer nacidas de su intelecto humano, a pesar de estar mediadas por la lógica de la IA. Sin embargo, reconoce su fracaso en convencer a otros de la autoría humana de sus postulados, mostrando lo delgada que es la línea entre lo humano y lo artificial en la creación intelectual. Don Nadie reflexiona así que, aunque, como alegraría su maestro, la inteligencia humana debiera poder pensar todas las ideas, no se le pueden reconocer en un mundo donde lo artificial y lo auténtico se confunden».

Me leí el original de pe a pa, a conciencia, en horizontal y vertical, y, cuando por fin resolví atreverme a depurar y acicalar lo concluido por la IA, me vi incapaz, baldado. Por mucho

que me empecinara, ni me daba la mollera ni me respondían las manos. Porque ¿quién era yo para enmendarle la plana a la máquina, al autor y a sus mentores? Algo me retrotrajo de pronto nuevamente a Benjamin. ¿El culpable?, su aura, qué duda cabe. Pero, haciendo inventario, en un mundo en que la voz individual está abocada a no llegar nunca a ser más que un hilo tonal del canto de sirena que se avala, indistinguible del resto con las que contribuye a urdir el discurso que se puede verbalizar y procesar, ¿no está ya todo *maktub*? ¿Qué necesidad hay de seguir explorando las distintas formas que puedan llegar a existir de expresar lo que, por definición, es lo mismo?

Así, culminamos en los cerros de Úbeda, por los que está feo irse, porque “Ethik und Ästhetik sind Eins”, como proclamó Wittgenstein en su *tractatus*. ¡Anónimo es consciente de su transgresión, pero disculpa sus morcillas argumentando: «Desde que mis traducciones compiten con las de la IA, cuanto resta es aproximar el original desde una perspectiva que se pueda discernir como distinta. Para todo lo demás, *mastercard*».

Y si hay algo que distingue de la de la IA la visión que pueda ostentar nuestro más o menos ingenioso hidalgo, pese a pecar de sesgada y torpe, es que puede defenderla como agraciada con esa vida tan cercana que le otorgan su propia corporeidad y la coherencia interna de su idiolecto. Puede respaldarla —no a golpe de datos, mas con el empleo que haga de su lengua—, lo que sea que eso signifique para un menda que no osa darse del todo a conocer por lo que fabula que podría implicar. A fin de cuentas, en atenerse a ese voto de silencio —ponerse esa mascarilla, tal vez— es donde descansa la mayor renuncia con la que ha de apenar el traductor.

De repente, me empieza a picar horrores el callo fantasma del corazón de la mano que otrora empuñaba la pluma. ¿En qué medida afecta a lo que se escribe dejar de sentir su peso?, me pregunto, y me lo llevo a la boca para lamerme las heridas.

# Conclusiones

La moraleja no es igual de lentejas en todas las lenguas. Por ello, invito a ahorrársela a quienquiera que sienta que no es lo que le pide el cuerpo. Dicho esto, paso a enumerar los rótulos que he colgado a las conclusiones que espero que mi misiva trajeada de experimento mental haya allanado a mi lector el camino hasta alcanzar:

1. El nazi en que nos transforma la lengua
2. La literatura, ese submarino salvavidas
3. A la traducción se encarga mantener a flote

## 1. El nazi en que nos transforma la lengua

Elster introduce el capítulo “Metodología marxista” de su tomo *Una introducción a Karl Marx* (1986) como sigue:

«Many claims have been made for “the Marxist method”. Some of them are justified, others are exaggerated, false, or unintelligible. Although Marx had valuable methodological insights that are not yet fully exhausted, there is no “dialectical reason” that separates Marxists from ordinary mortals. On first exposure to Marxist writings, many feel mystified and terrorized by references to the “dialectical unity of opposites,” the “revolutionary unity of theory and practice,” and similar phrases. All too often, such locutions have allowed followers of Marx to get away with murder, sometimes literally so. It is against this background of extreme self-indulgence that I adopt what may look like an excessively purist viewpoint on methodology. Readers may tolerate suggestive ambiguity in a writer if on past performance they are willing to give him the benefit of doubt, but Marxism has long since exhausted its credit.

The Marxist methodology that I want emphatically to reject is an amalgam of three elements. The first is methodological holism, the view that in social life there exist wholes or collectivities, statements about which cannot be reduced to statements about the member individuals. The second is functional explanation, the attempt to explain social phenomena in

terms of their beneficial consequences for someone or something, even when no intention to bring about these consequences has been demonstrated. The third is dialectical deduction, a mode of thinking that is derived from Hegel's Logic and that does not lend itself to brief summary.»

Para poder posicionarnos respecto de su postura, en primer lugar, habremos de traducirlo, aunque sólo sea al inglés propio de cada cual, más o menos contaminado por las otras lenguas en que se maneje uno con relativa soltura. No obstante, sería claramente más fácil de observar lo que necesariamente se pierde y se gana del sentido de una obra al ser trasladada al universo del receptor si tal transferencia de sentido conllevara franquear las fronteras entre idiomas. En tanto podamos determinar que no todas las lenguas son igual de similares entre sí, cuanto más disímiles sean las lenguas que hermana la traducción, más evidencia quedará de lo intraducible, a saber, las nociones que apoyan cada una de las lenguas en exclusividad, en singular.

Esta reflexión cobra particular relevancia cuando nos proponemos averiguar lo que Elster quiere decir con lo que achaca haber querido decir a Marx cuando dijo, quizá, “*dialektische Vernunft*”, “*dialektische Einheit der Gegensätze*” y “*revolutionäre Einheit von Theorie und Praxis*”. Pudiera parecer que, en su opinión, 1) Marx ha inspirado a quienes abusan de convocar con nombre propio sustantivos de naturaleza más líquida, más verbal, 2) Marx defendía erróneamente que se puede derivar lo que motiva un acto de las consecuencias que comporta, aunque no se pueda establecer que el resultado fuera el deseado, y 3) Marx dejó que Hegel lo persuadiera de que hay una “*dialektische Einheit der Gegensätze*”, una unidad dialéctica de contrarios que se sientan a ambos extremos de una misma mesa, que se ofrece a la deducción.

Aquí, quisiera profundizar en el aspecto del pensamiento marxista que critica en segundo término, porque, en lo que concierne al primero, Errejón está más versado que yo en lo que es propio del patriarcado —que no suyo—, y porque insinuar que, por contraste con el cristiano, el tudesco patrocina una *Weltanschauung* más triangulable y menos versátil, me dispensa, en última instancia, pinta de nazi, aunque, como hispanohablante, no pudiera haber llegado a otra conclusión. Lo que más me llama tratar es, en cambio, si se puede propugnar que las desafortunadas repercusiones de nuestros actos son, en cierta medida, las que perseguíamos al efectuarlos, que, por otro lado, es lo que estipula la teoría psicoanalítica.

En la traducción sin firma que sacó de la obra el sello editorial Siglo Veintiuno en 1991, se lee: «El enigma es cómo un suceso puede ser explicado por otro suceso que ocurre en un tiempo posterior». Pero, si las consecuencias de un acto se podían haber previsto con las herramientas de deducción al alcance de su agente, ¿no se hallaba dentro del rango de sus posibilidades haberlas dotado del significado que han acabado acaparando? A mi parecer, no se puede saber cuánto podríamos haber anticipado de lo que nos ha tocado en suerte, pero, como nos interesa maximizar dicha variable, creamos y enriquecemos el lenguaje, que es donde los hablantes dejamos registro de los patrones consensuados del conocimiento empírico acumulado como colectivo a lo largo de generaciones, que nos advierten de lo que está al caer. Así, puede acontecer, a modo de ilustración, que un hispanohablante se sorprenda al percatarse de que las respuestas que recoge a través de un formulario para extraer estadísticas contradicen la conducta de la comunidad de encuestados que busca predecir y que se ha hecho patente en un segundo tiempo, pese a que su lengua ya le hubiera puesto sobre aviso de lo poco que prometía su metodología, con el refrán: “Del dicho al hecho, hay un trecho”, o una de sus variantes. El hispanohablante en cuestión descarta con poco tino y más o menos conocimiento de causa creer en y orientarse por lo que le imparte su lengua, pero en tanto esta tiene sentido de ser y ser como es tras la muerte de Dios, se sigue que el refrán ha llegado a nuestros días porque ha demostrado su utilidad. Es, por ejemplo, lo que permite que se celebren huelgas, que, como apunta Elster adaptando el consabido Dilema del Prisionero para exponer el problema del francotirador, no debieran salir individualmente a cuenta y, de resultas, según la Teoría de Acción Racional, en absoluto. Lo mismo, en definitiva, que nos permite contemplar y valorar el segundo tiempo, el que no se hace inmediata- o explícitamente presente, que encuentra cabida en la literatura, que mantiene viva la traducción que compensa que profesen los humanos, para, en último término, recordarse que recibir un mensaje entraña traicionarlo.

Yo creo que, desde un punto de vista individualista, egoísta, me atrevería a aseverar incluso, es mejor que nos adueñemos en la medida de lo posible de las puñaladas traperas que asestamos, con una traducción de lo heredado como válido más fiel a lo que la forma en que se dice lo que se viene a querer decir (“die Art des Meinens” benjaminiana) contribuye a decirlo, y más libre de relativizar el peso de la equivalencia que pueda consensuarse más efectivamente que se da entre elementos de distintas lenguas cuando se contemplan como inmersos en el contexto genérico, el que los acoge de media, y fuera de aquel en que se

sitúan *de facto*. En suma, se ha de ser, a mi juicio, más consciente de cómo se percibe lo que se enuncia y se calla, a efectos de que pueda seguir obrando sentido en la lengua en que se le concede un nuevo hogar, cuya lumbré proyecta unas siluetas con una fisonomía distinta a la que exhiben las que pueblan las paredes de la lengua del emisor.

Por consiguiente, se puede traducir lo que el otro aduce de modo que se pueda dar por bueno, —por relevante, en la lengua del pragmatista impenitente—, o, por el contrario, a fin de que se entienda como únicamente abarcable en el idiolecto en que se simboliza. A mi entender, las probabilidades de que un mensaje llegue a distintas audiencias y en distintos tiempos se incrementan cuando se traduce lo que lo subyace, su contenido literario, lo que toma cobijo a la sombra de cómo se vertebra el sentido que trasciende sin intermediarios, porque es lo que nos augura que algo casa aunque aún no podamos verlo, tal vez gracias a lo que la dialéctica nos empuja a cambiar de asiento, de ideal, de oración.

A lo mejor cuanto quiero decir se reduce a que es posible que a Errejón —o a cualquier otro ilustre perengano con menos que justificar— se le comprenda mejor en alemán o árabe, donde, por ejemplo, su “patriarcado” se encuentra más amalgamado en “أَبَوِيَّة” con “lo paterno”, pero prefiero dejarle a mi lector que me traduzca *com estime més oportú*, por la cuenta que me trae.

## 2. La literatura, ese submarino salvavidas

LEONCIO.—Hay cosas que no se pueden decir. La literatura está para decir sin decir el subconjunto de aquellas que el autor entiende que debieran poder decirse en otro marco espaciotemporal, que su labor consiste en esbozar.

MARIANA.—¡Anónimo!

LEONCIO.—¡Joder, tía, qué racha llevas!

CLOTILDE.—¿Ha vuelto a acertar?

LEONCIO.—De pleno.

FERMÍN.—¿Y cómo lo has sabido?

MARIANA.—Por el “debieran poder decirse”.

CLOTILDE.—En verdad, si lo piensas...

FERMÍN.—Para querer hacerse pasar por anónimo...

LEONCIO.—(*Pasándole la tablet.*) ¡Ale, toma, marisabidilla, te toca otra vez!

(*MARIANA coge la tablet y se sumerge en ella.*)

MARIANA.—(*Al cabo de unos segundos, exclamando.*) ¡Ya lo tengo! ¡He encontrado uno bestial!, mazo *ad hoc*, ya veréis. (*Carraspea para enjugarse la garganta.*) Un aforismo cuya forja y cuño son lo que deben ser no está aún descifrado porque se le haya leído; muy lejos de eso, pues la “interpretación” entonces es cuando comienza, y hay un arte de la interpretación... Es verdad que, para elevar así la lectura a la altura de un arte, es preciso poseer ante todo, una facultad que es la que precisamente está hoy olvidada —por eso pasará aún mucho tiempo antes de que mis escritos sean legibles—, de una facultad que exigiría casi la naturaleza de una vaca, y “no” en todos los casos, la de un “hombre moderno”: me refiero a la facultad de “rumiar”.

LEONCIO.—¡*Peazo* parrafada que te has marcado!

MARIANA.—Una *baqara*.

FERMÍN.—Ese punto está regalado.

CLOTILDE.—Del mismísimo dios de los aforismos.

FERMÍN.—Justamente.



CLOTILDE.—¿Lo dices tú?

FERMÍN.—Venga, va, que hoy, por lo que sea, esto se me está dando fatal. (*Imitando la acción de baquetear.*) *Drumroll...*

LEONCIO.—¡Serás teatrero!

FERMÍN.—Everett.

CLOTILDE.—Pero qué bruto que eres.

MARIANA.—¿El de *Bad Things*?

LEONCIO.—Tú calla, que no puedes ir soltando pistas.

CLOTILDE.—Anda que no es esa una lectura libre de *Jenseits von Gut und Böse. Vorspiel einer Philosophie der Zukunft*.

LEONCIO.—No te nos flipes, Cloti, que ya sabemos todos que parlas teutón.

(*Mariana intenta contener la risa que le da. Clotilde mal disimula su indignación con una sonrisa.*)

FERMÍN.—Una traducción, dirás.

MARIANA.—Claro, cuando la vaca entró, el aire se esfumó y la duda en la sombra se instaló.

LEONCIO.—¡Y dale con la res!

FERMIN.—Pero ¡qué *sexy* te ha quedado eso!

CLOTILDE.—A riesgo y ventura de quedar como una esnob: *das Weib*.

LEONCIO.—Dejad de decir disparates y tú (*arrojándole una mirada a Clotilde y alargándole la mano a Mariana*), que, pedante o no, te llevas innegablemente el punto, toma la tablet (*alcanzándole el dispositivo que le tiende Mariana*) y ale.

MARIANA.—*Yala yala... y en el pelo, caracoles.*

CLOTILDE.—Chungo lo veo yo eso con el que yo tengo, que no me aguanta la permanente.

FERMIN.—*Chunguito.*

LEONCIO.—¿Cómo?

FERMIN.—No, nada, mi Tourettes, que me sale cuando se me mete algo en el ojo.

CLOTILDE.—A ver, este (*pinchando en la tablet*), que va muy al caso. Hasta que el pueblo las canta, las coplas, coplas no son, y cuando las canta el pueblo, ya nadie sabe el autor. Tal es la gloria, Guillén, de los que escriben cantares: oír decir a la gente que no los ha escrito nadie. Procura tú que tus coplas vayan al pueblo a parar, aunque dejen de ser tuyas para ser de los demás. Que, al fundir el corazón en el alma popular, lo que se pierde de nombre se gana de eternidad.

MARIANA.—Benjamin, *La tarea del traductor*.

LEONCIO.—¡Adónde vas! Eso es del anuncio de Volkswagen que nos ha salido antes cuando hemos ido a poner algo de música.

FERMIN.—Hablando de coches...

MARIANA.—(*Interrumpiéndole.*) Y de anuncios.

CLOTILDE.—El aura es narrativa porque está preñada de lejanía.

MARIANA.—Byung-Chul Han, *La crisis de la narración*.

LEONCIO.—¿Queréis dejar explicarse al pobre chaval?

FERMIN.—Gracias, Leoncio. No, nada, sólo iba a preguntar si alguno sabéis dónde *cullons* anda metida la Eloísa. ¿No venía de camino?

CLOTILDE.—Sí, perdonad, me ha mandado a mí antes un *guasap*.

MARIANA.—Está poniéndose fina de almendrucos.

LEONCIO.—No entiendo nada.

MARIANA.—¿Porque no quieres o porque no puedes?, *ça, c'est la question*.

### 3. A la traducción se encarga mantener a flote

Me había hecho con un listado de preguntas que quería asegurarme de dar respuesta en mi TFM. Este reza como sigue:

- ☐ ¿Para qué sirve la lengua?
- ☐ ¿En qué se diferencian las lenguas?
- ☐ ¿Qué implica escribir algo en una lengua u otra?
- ☐ ¿Para qué sirve la traducción?
- ☐ ¿Se puede evaluar una traducción?
- ☐ ¿Cómo de independiente ha de ser la traducción del original?
- ☐ ¿Cómo de fiel le ha de ser el traductor al autor?
- ☐ ¿Ha de ser el traductor considerado un autor?
- ☐ ¿Importa quién sea el traductor?
- ☐ ¿Cuándo deja de ser una traducción tal para pasar a ser una lectura o adaptación?
- ☐ ¿Importa que el receptor entienda la obra?
- ☐ ¿Es toda obra igual de traducible, por la máquina o, en última instancia, por el humano?
- ☐ Si existe, ¿de qué depende la traducibilidad de una obra?

- ☐ ¿Ha de ser únicamente la traducción de literatura la considerada como una actividad exclusivamente humana?
- ☐ ¿Para qué sirve la literatura?
- ☐ ¿Es la literatura una actividad exclusivamente humana?
- ☐ ¿Tiene sentido la traducción de literatura?
- ☐ ¿Qué debe rehuir —y a qué, renunciar— el traductor para ejercer su labor con corrección?
- ☐ Dado que todo suceso físico tiene una causa que también es física, ¿cómo es posible que posea, además, una causa mental?

Cuando le pregunto a ChatGPT si me puede contestar mis preguntas mediante el giro copernicano proyectado por Kant, me alecciona:

«El giro copernicano aplicado a tus preguntas nos lleva a replantear los conceptos tradicionales de lengua, traducción y literatura no como objetos externos con propiedades absolutas, sino como fenómenos que dependen de las estructuras trascendentales del sujeto. Así, el traductor, el autor y el lector no son receptores pasivos, sino los agentes que, a través de su interacción con el lenguaje, hacen posible la experiencia del sentido».

Me vale, pero no me exime de mi labor. Por lo que, no sé si en observancia del giro *copernicokantiano*, pero sí esmerándome por cuidar mis *ponens* y *tollens*, concluyo:

Que la lengua sea una creación humana implica que, en tanto motivada, nos es de utilidad. Ergo, si las lenguas difieren entre sí es porque responden a las necesidades particulares de sus hablantes, que divergen de las de los hablantes de otras lenguas. Si sólo podemos llegar a registrar lo que podemos llegar a apreciar como pertinente, habrá una cantidad determinada de sentidos que se puedan convocar en exclusividad en unas lenguas sí y en otras, no. Si esa cantidad se extendiera hasta abarcar la totalidad de sentidos convocables, no podríamos hablar de traducción, y si dicha cifra fuera fiel a la etimología de su significante, *id est*, cero, la traducción sería puramente automática.

En tanto la traducción tenga relevancia, es evaluable, en función de su utilidad, y en tanto se entienda como el trasvase del sentido trasvasable de un mensaje de una lengua a otra, postulo que sólo le podemos ver utilidad en tanto podamos sentir que nos suministra conocimiento sobre cómo nos condiciona a los hablantes nuestra lengua, véase, cuánto

contiene el mensaje que dependa de que se entienda en la lengua que lo originó. De esto se desprende que la traducción será más buena y eficaz cuanto mejor consiga que su lector sienta que la obra es de su autor original y suya a la par, cuanto mejor reconcilie lo propio, lo producido por la lengua que nos queremos creer que puede transmitirlo todo, y lo ajeno, a conquistar, que nos recuerda que, para que la lengua continúe siéndonos útil, debe ser incompleta, porque el cambio es lo que nos permite sentirnos vivos. Si lo propio ahoga lo ajeno, el lector deja de poder verle relevancia a la traducción en tanto aproximación a lo desconocido; y si lo ajeno ahoga lo propio, el lector pierde interés en la obra, porque no se siente refrendado en su experiencia del mundo, lo que su lengua le permite conocer en virtud de lo que ha considerado relevante él y su comunidad de hablantes pasada y presente.

La literatura se presta especialmente bien a ser traducida como procuradora del desplazamiento del sentido a un ámbito donde se pueda entender como no se entiende cuando se entiende en regla, es decir, donde se pueda entender en otro lenguaje que quede más a disposición del lector definir, pero hay algo de lo que se expresa con literatura en una lengua que es, por definición, intraducible: el *shibboleth*, lo irreconocible que es para los hablantes de una lengua lo que se reconoce en otra. Consecuentemente, el traductor ha de traicionar al autor por fuerza, porque la lengua meta vuelve irreconocible lo reconocible y, viceversa, ídem lo que no lo es en la origen.

El *shibboleth*<sup>2</sup> me conduce impepinablemente a la Shoá, donde, a partir del minuto ocho, se escucha:

«—Schwer zu erkennen aber das wars hier. Da, da waren gebrennt Leute, viel Leute waren hier verbrannt. Ja, das is das Platz.

Wer hier reingekommen zurück hatte schon keine Wegen hatten. Die *Waswagen* sind hier reingekommen, daher waren zwei große *ovens*, und nachher haben die, ja, Die, reingeschmissen, in den, in die, in dem *oven* und das *fire* ist gegangen zum Himmel.

—Zum Himmel.

---

<sup>2</sup> Jueces 12:5-6: “Y los galaaditas tomaron los vados del Jordán a los efraimitas, y cuando algún efraimita que se había fugado decía: ‘Déjame pasar’, los hombres de Galaad le decían: ‘¿Eres efraimita?’ Si respondía: ‘No’, le decían: ‘Entonces, di Shibboleth’, y él decía Sibboleth, porque no lo podía pronunciar correctamente. Entonces lo tomaban y lo mataban en los vados del Jordán”.

—Ja.

—Das war *frurchtbar*.

Das, das, das kann man nicht erzählen, niemand kann das nicht bringen zum *Wasinnen* was war so was da hier war. Unmöglich, und keine kann das nicht verstehen. Und jetzt glaube ich auch ich kann das auch nicht verstehen. Ich glaube nicht das ich da hier. Das kann ich nicht glauben, also ich bin hier noch ein Mal.

Das war immer so ruhig hier. Immer, wenn die haben da jeden Tage verbrannt zweitausend Leute, Juden. Es war auch so ruhig. Niemand hat geschrien. Jede hat seine Arbeit gemacht. Es war still, ruhig. So wie jetzt so wars».

Hay algo de ese silencio que es intraducible, porque es inenarrable, pero no debiéramos renunciar por ello a la traducción, en tanto nos pueda ayudar a repasar lo que nos beneficia y nos limita de cómo montamos nuestra lengua.

# Bibliografía

ANÓNIMO. *La Biblia. Jueces 12:5-6*.

BENJAMIN, Walter. *La obra de arte en la era de su reproductibilidad técnica*. Traducción de Jesús Aguirre. Madrid: Taurus, 1973.

BENJAMIN, Walter. "La tarea del traductor". En: BENJAMIN, Walter. *Iluminaciones*. Traducción de Jesús Aguirre. Madrid: Taurus, 1971.

BENJAMIN, Walter. "Die Aufgabe des Übersetzers". *Gesammelte Schriften*, Bd. IV/1. Frankfurt/Main: Suhrkamp Verlag, 1972, pp. 9-21.

BERMAN, Antoine. *La prueba del extranjero*. París: Gallimard, 1984.

BORGES, Jorge Luis. "Pierre Menard, autor del Quijote". En: BORGES, Jorge Luis. *Ficciones*. Buenos Aires: Editorial Sur, 1944, pp. 45-56.

CAMPOS, José Aníbal. "Idealismo, tecnificación y barbarie". En: MARTÍN GIJÓN, Mario; BENÉITEZ ANDRÉS, Rosa (eds.). *Lecturas de Paul Celan*. Madrid: Abada Editores, 2017.

CELAN, Paul. *Fuga de la muerte*. Traducción de José Aníbal Campos. Disponible en diversas ediciones y análisis en lengua española.

CERVANTES, Miguel de. *Don Quijote de la Mancha. Prólogo al lector*. Edición de Luis Astrana Marín. Madrid: Ediciones de la Editorial Espasa Calpe, 1947.

DE MAN, Paul. "Conclusions on Walter Benjamin's 'The Task of the Translator'". *Messenger Lecture*, Cornell University, 4 de marzo de 1983.

DERRIDA, Jacques. *La escritura y la diferencia*. Traducción de Patricio Peñalver y Cristina de Peretti. México: Siglo XXI Editores, 1971.

DERRIDA, Jacques. “Des Tours de Babel”. *Psyché: Inventions de l'autre*. París: Galilée, 1987, pp. 203-235.

ECO, Umberto. “Las dificultades de la traducción”. *Revista de Occidente*, vol. 150, nº 12, 1985, pp. 9-23.

ECO, Umberto. *Decir casi lo mismo: experiencias de traducción*. Traducción de Helena Lozano. Barcelona: Lumen, 2008.

ELSTER, Jon. *Ulysses Unbound: Studies in Rationality, Precommitment, and Constraints*. Cambridge: Cambridge University Press, 2000.

ELSTER, Jon. “Marxist Methodology”. *An Introduction to Karl Marx*. Cambridge: Cambridge University Press, 1986, pp. 21-40.

ELSTER, Jon. “Metodología marxista”. *Una introducción a Karl Marx*. Traducción de Adolfo Sánchez Vázquez. Madrid: Siglo XXI Editores, 1986, pp. 23-44.

GADAMER, Hans-Georg. *Verdad y método*. Traducción de Ana Agud y Rafael de Agapito. Salamanca: Ediciones Sígueme, 1977.

GARCÍA-MIGUEL, José María. “Diátesis”. Publicado en la página web Almadrasa. Disponible en: <https://almadrassa.org> (consulta realizada el 23 de octubre de 2024)

ḤAMĀDAH, Shawqī ‘Abd al-Ḥalīm. *‘Ajā’ib al-lughah: Nawādir wa-daqa’iq wa-mudhishāt ‘ilmīyah*. 1ª ed. Beirut: Mu’assasat Nawfal, 1984.

HAN, Byung-Chul. *La crisis de la narración*. Traducción de Alberto Ciria. Barcelona: Herder, 2021.

HUSSEIN ABID, Abeer. “Sinonimia, polisemia y homonimia en lengua árabe”. *Miscelánea de Estudios Árabes y Hebraicos*, sección Árabe-Islam, vol. 58, 2009, pp. 155-174.



IRIARTE, Ana. “Lebneniyet: Las formas derivadas (I): Forma II (فعل) – Teoría”. Publicado en *Ta Marbuta*, 5 de julio de 2014. Disponible en: <https://tamarbuta.com> (consulta: 23 de octubre de 2024).

JARDIEL PONCELA, Enrique. *Eloísa está debajo de un almendro*. Madrid: Espasa Calpe, 1944.

KLOPPENBERG, James T. “Pragmatism: An Old Name for Some New Ways of Thinking?”. En: *The Journal of American History*, vol. 83, nº 1, junio de 1996, pp. 100-138. Oxford: Oxford University Press. Disponible en: <https://www.jstor.org/stable/2945476?origin=JSTOR-pdf> (consulta: 10 de noviembre de 2024).

LANZMANN, Claude (dir.). *Shoah*. Francia: Les Films Aleph, 1985. [Duración: 566 minutos].

LEVI, Primo. *Si esto es un hombre*. Traducción de Pilar Gómez Bedate. Barcelona: El Aleph Editores, 1987.

LOS CHUNGUITOS. “Yala Yala”. En: *Los Chunguitos en directo*. Producción de Sony Music Entertainment, 1991. [Formato: CD, duración aproximada: 3 minutos].

MACHADO, Antonio. *Poesías completas*. Madrid: Espasa-Calpe, 1960.

MALLARMÉ, Stéphane. *Crisis del verso*. Traducción de José Javier Villanueva. Madrid: Siglo XXI Editores, 1992.

NIETZSCHE, Friedrich. *Más allá del bien y del mal*. Traducción de Andrés Sánchez Pascual. Madrid: Alianza, 1995.

ORTEGA Y GASSET, José. *Misión del traductor*. Madrid: Revista de Occidente, 1937.

ORTEGA Y GASSET, José. *Miseria y esplendor de la traducción*. Granada: Universidad de Granada, 1980. [1ª ed., Buenos Aires: *La Nación*, 1937].

RICOEUR, Paul. *Sobre la traducción*. Traducción de Ramón Sánchez Rodríguez. Salamanca: Ediciones Sígueme, 2005.

SCHLEIERMACHER, Friedrich. “Sobre los diferentes métodos de traducir”. Madrid: Gredos, 2000. Traducción y comentarios de Valentín García Yebra. Edición bilingüe.

GARCÍA, Ángel (ed.). *El discurso de la traducción*. Madrid: Alianza, 1998, p. 63-75.

STEINER, George. *After Babel: Aspects of Language and Translation*. Traducción de Adolfo Gómez Cedillo. Oxford: Oxford University Press, 1975.

WITTGENSTEIN, Ludwig. *Logisch-philosophische Abhandlung, Tractatus logico-philosophicus*. Frankfurt am Main: Suhrkamp Verlag, 2003 [1921].